

Con profunda alegría presentamos este libro como parte de la colección Biblioteca Escolar Presidencial, que abarca siete primeros títulos, con un tiraje de 25,000 ejemplares para cada obra, haciendo un total de 175,000 ejemplares.

Se trata de seis clásicos de nuestra literatura nacional: *Cuentos y narraciones*, de Francisco Gavidia; *El libro del trópico*, de Arturo Ambroggi; *Jicaras tristes*, de Alfredo Espino; *Una vida en el cine*, de Alberto Masferrer; *La muerte de la tórtola*, de T. P. Mechín; *Cuentos de barro*, de Salarrué. También se incluye *El Salvador: historia contemporánea*, redactado por un equipo de historiadores coordinados por Carlos Gregorio López Bernal.

Dos de los grandes objetivos de nuestro Gobierno son: erradicar el analfabetismo en El Salvador y fomentar la cultura del buen leer entre los niños, adolescentes, jóvenes y adultos. Estamos seguros de que esta Biblioteca Escolar Presidencial que ahora iniciamos será de gran ayuda para todos los lectores, pues representa una muestra muy significativa de lo que podríamos llamar nuestra salvadoreñidad; fomentará valores cívicos, de amor a la patria y al prójimo, todo ello enmarcado en una filosofía del Buen Vivir.

Prof. Salvador Sánchez Cerén
Presidente de la República de El Salvador



EL SALVADOR
PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
GOBIERNO DE
EL SALVADOR
UNÁMONOS PARA CRECER

MINISTERIO DE GOBERNACIÓN
Y DESARROLLO TERRITORIAL
GOBIERNO DE
EL SALVADOR
UNÁMONOS PARA CRECER

SECRETARÍA DE CULTURA
DE LA PRESIDENCIA
GOBIERNO DE
EL SALVADOR
UNÁMONOS PARA CRECER



Salarrué
CUENTOS DE BARRO

BIBLIOTECA ESCOLAR PRESIDENCIAL
Volumen 6

Ministerio de Educación
Ministerio de Gobernación y Desarrollo Territorial
Secretaría de Cultura de la Presidencia

Ing. Carlos Canjura
Ministro de Educación

Lic. Aristides Valencia
Ministro de Gobernación y Desarrollo Territorial

Dr. Ramón Rivas
Secretario de Cultura de la Presidencia

ISBN 978-99923-0-285-9

© Para esta edición: MINED, MINGOBDT, SECULTURA, 2015

Diseño de portada: Juan Marcos Leiva
Imagen de portada: *Niña aguadora*, Camilo Minero

863.4
S161c Salarrué, 1899-1975
Cuentos de barro / Salarrué. —1.^a ed.—
San Salvador, El Salv.: DPI, 2015.
sv 204 pp. il; 18 cm — (Biblioteca Escolar
Presidencial; v. 6)

ISBN 978-99923-0-285-9 (v. 6)

1. Cuentos salvadoreños.
2. Literatura salvadoreña.
- I. Título.

Prólogo

Con profunda alegría presentamos este libro como parte de la colección “Biblioteca Escolar Presidencial”, que abarca siete títulos, con un tiraje de 25,000 ejemplares cada uno, totalizando 175,000 ejemplares, a repartirse gratuitamente entre los escolares del sistema nacional educativo al final del presente año lectivo, con el objetivo de que sean leídos durante las vacaciones.

Se trata de seis clásicos de nuestra literatura nacional: *Cuentos y narraciones*, de Francisco Gavidia; *El libro del trópico*, de Arturo Ambrogi; *Jicaras tristes*, de Alfredo Espino; *Una vida en el cine*, de Alberto Masferrer; *La muerte de la tórtola*, de T.P. Mechín; *Cuentos de barro*, de Salarrué. También se incluye *El Salvador: historia contemporánea*, coordinado por Carlos Gregorio López Bernal.

Son libros clave que contienen nuestras más preclaras señas de identidad y que ofrecemos a los niños, los adolescentes y los jóvenes estudiantes, con el objetivo de que cultiven el hábito de la lectura durante las vacaciones de fin del año escolar. Un pueblo que lee es un pueblo libre; un pueblo que lee a sus autores nacionales es un pueblo que conoce su historia, sus raíces, su pasado y su presente. Es un pueblo que puede construir con mayor solidez su futuro.

Dos de los grandes objetivos de nuestro Gobierno son: erradicar el analfabetismo en El Salvador y fomentar la cultura del buen leer entre los niños, adolescentes, jóvenes y adultos. Estamos seguros de que esta Biblioteca Escolar Presidencial que ahora iniciamos será de gran ayuda para todos los lectores, pues representa una muestra muy significativa de lo que podríamos llamar nuestra salvadoreñidad.

Es de gran importancia recordar ese ambiente bucólico y del campo salvadoreño que se puede percibir en las poemas de *Jicaras tristes*, de Alfredo Espino; el rescate del lenguaje coloquial del salvadoreño del siglo XX en el campo y la ciudad que hace el maestro Salarrué en *Cuentos de barro*; el reflejo de

las tradiciones precolombinas y occidentales que sintetizan los *Cuentos y narraciones*, de Francisco Gavidia; la descripción magistral que hace de nuestra región el maestro Arturo Ambrogi en *El libro del trópico*; el romance y la aventura amorosa que describe Alberto Masferrer en *Una vida en el cine* o la excelente narración, verdadera joya literaria, que constituye *La muerte de la tórtola*, de T.P. Mechín, seudónimo de José María Peralta Lagos.

El séptimo libro, *El Salvador: historia contemporánea*, escrito por un equipo de investigadores coordinados por el Dr. Carlos Gregorio López Bernal, recorre 200 años de historia nacional y es un espejo que refleja el tortuoso pero esperanzador camino que siguió la entonces Intendencia de San Salvador de 1808 hasta desembocar en el año 2008, con la actual República de El Salvador.

Creemos firmemente que este pan de sabiduría que ahora ofrecemos a nuestros alumnos del sistema de educación nacional rendirá sus frutos en un futuro cercano y contribuirá a formar y fomentar valores cívicos, de amor a la patria y al prójimo, así como a una mejor comprensión de las realidades que conforman nuestra patria, todo ello enmarcado en una filosofía del Buen Vivir.

Prof. Salvador Sánchez Cerén
Presidente de la República de El Salvador

*A Alice Lardé de Venturino,
en fraternal afán por devolverle
el terreno perdido.*



TRANQUERA

COMO el alfarero de Iobasco modela sus muñecos de barro: sus viejos de cabeza temblona, sus jarritos, sus molenderas, sus gallos de pitiyo, sus chivos patas de clavo, sus indios cacaxteros y en fin, sus batidores panzudos; así, con las manos untadas de realismo; con toscas manotadas y uno que otro sobón rítmico, he modelado mis Cuentos de barro.

Después de la hornada, los más rebeldes salieron con pedazos un tanto crudos; uno que otro se descantilló; éste salió medio rajado y aquél boliado dialtiro; dos o tres se hicieron chingastes. Pobrecitos mis Cuentos de barro... Nada son entre los miles de cuentos bellos que brotan día a día; por no estar hechos en torno, van deformes, toscos, viciados; porque, ¿qué saben los nervios de línea pura, de curva armónica? ¿Qué sabe el rojizo tinte de la tierra quemada, lakas y barnices?; y el palito rayador, ¿qué sabe de las habilidades del buril?... Pero del barro del

alma están hechos; y donde se sacó el material un hoyito queda, que los inviernos interiores han llenado de melancolía. Un vacío queda allí donde arrancamos para dar, y ese vacío sangra satisfacción y buena voluntad.

Allí va esa hornada de cuenteretes, medio crudos por falta de leña: el sol se encargará de irlos tostando.



LA BOTIJA

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca:

—¡Hijo: abrí los ojos, ya hasta el color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere mama?

—¡Qués nicesario que tioficiés en algo, ya tás indio entero!

—¡Agüén!...

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un *cuenterete*. Era un como sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la boca y dos en los ojos.

—¡Qué feyo este baboso! —llegó diciendo. Se carcajeaba—; ¡meramente el tuerto Candel!...

Y lo dejó, para que jugaran los *cipotes* de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, en viendo el sapo dijo:

—Estas cositas son obra denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se incuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

—¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro, y tiró por un lado una escupida grande como un *caite*, y así sonora.

—Cuestiones de la suerte, hombré. Vos vas arando y ¡plosh!, derrepente pegás en la huaca, y yastuvo; tihacés de plata.

—¡Achís!, ¿en veras, ño Bashuto?

—¡Comolóis!

Bashuto se prendió al puro con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. *Enseguiditas* contó mil hallazgos de *botijas*, todos los cuales “el bía presenciado con estos ojos”. Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió *majonchos* robados, y se decidió a buscar *botijas*. Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar —por lo menos sin darse cuenta— y trabajaba tanto, que las horas coloradas le hallaban siempre sudoroso, con la mano en la mancera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbullos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. *Pa* que nacieran perezas; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. Él no trabajaba. Él buscaba las *botijas* llenas de *bambas* doradas, que hacen “¡plocosh!” cuando

la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el sol comienza a *ispiar* detrás de *lo del ductor Martínez*, que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había parado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros; donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el *güas* ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, *puya* el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la *botija* como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, por *siacaso*.

Ninguno de los colonos se sentía con hígado suficiente para llevar a cabo una labor como la de José. “Es el hombre de jierro”, decían; “ende que le entró asaber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca...”.

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía *huaca*. Lo que él buscaba sin desmayo era una *botija*, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la encontraría tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, les mandaba descansar y se quedaba arando por ellos. Y lo hacía bien: los surcos de su reja iban siempre pegaditos, *chachados* y *projundos*, que daban gusto.

—¡Onde te metés, babosada! —pensaba el indio sin darse por vencido—: Y tei de topar, aunque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos.

Y así fue; no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se *verdeya* el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dio cuenta de que ya no había *botijas*. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, *voltiando a ver al indio embruecado, y resollando el viento oscuro*.

José Pashaca se puso malo. No quiso que *naide* lo cuidara. *Dende que bía finado la Petrona, vivía íngrimo en su rancho.*

Una noche, haciendo *juerzas de tripas*, salió sigiloso llevando, en un cántaro viejo, su *huaca*. Se agachaba detrás de los *matochos* cuando *óiba* ruidos, y así se estuvo haciendo un hoyo con la *cuma*. Se quejaba a ratos, rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida; y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir liadas en un suspiro estas palabras:

—¡Vaya: pa que no se diga que ya nuay botijas en las aradas!...



LA HONRA

Había amanecido *nortiendo*; la Juanita limpia; *lagua* helada; el viento llevaba *zopes* y olores. Atravesó el llano. La *nagua* se le amelcochaba y se le hacía calzones. El pelo le hacía alacranes negros en la cara. La Juana iba bien contenta, *chapudita* y apagándole los ojos al viento. Los árboles venían corriendo. En medio del llano la cogió un *tumbo* de *norte*. La Juanita llenó el frasco de su alegría y lo tapó con un grito; luego salió corriendo y enredándose en su risa. La *chucha* iba ladrando a su lado, queriendo alcanzar las hojas secas que pajareaban.

El *ojo diagua* estaba en el fondo de una barranca, sombreado por *quequeishques* y palmitos. Más abajo, entre grupos de *güiscoyoles* y de *ishcanales*, dormían charcos azules como cáscaras de cielo, largas y oloríferas. Las

sombras se habían desbarrancado encima de los paredones; y en la corriente *pacha*, quebradita y silenciosa, rodaban piedrecitas de cal.

La Juanita se sentó a descansar: estaba agitada; los pechos —bien ceñidos por el traje— se le querían ir y ella los sofrenaba con suspiros imperiosos. El *ojo diagua* se le quedaba viendo sin parpadear, mientras la *chucha* lengüeaba golosamente el manantial, con las cuatro patas ensambladas en la arena virgen. Río abajo, se bañaban unas ramas. Cerca unos peñascales verdosos sudaban el día.

La Juanita sacó un espejo, del tamaño de un *colón*, y empezó a espiarse con cuidado. Se arregló las mechas, se limpió con el delantal la frente sudada; y como se quería, cuando a solas, se dejó un beso en la boca, mirando con recelo alrededor, por miedo a que la *bieran ispiado*. Haciendo al escote comulgar con el espejo, se bajó de la piedra y comenzó a *pepenar chiolitas* de tempisque para el *cinquito*.

La *chucha* se puso a ladrar. En el recodo de la barranca apareció un hombre montado a caballo. Venía por la luz, al paso, haciendo *chingastes* el vidrio del agua. Cuando la Juana lo conoció, sintió que el corazón se le había ahorcado. Ya no tuvo tiempo de escaparse; y, sin

saber por qué, lo esperó agarrada de una hoja. El de a caballo, joven y guapo, apuró y pronto estuvo a su lado, radiante de oportunidad. No hizo caso del ladrido y empezó a *chuliar* a la Juana con un galope incontenible como el viento que soplaba. Hubo defensa claudicante, con noes temblones y jaloncitos flacos; después ayes, y después... El *ojo diagua* no parpadeaba. Con un brazo en los ojos, la Juana se quedó en la sombra.

* * *

Tacho, el hermano de la Juanita, tenía nueve años. Era un *cipote aprietado* y con una cabeza de *huizayote*. Un día *vido* que su *tata* estaba furioso. La Juana le *bía* dicho quién sabe qué, y el *tata* le *bía* metido una *penquiada del diablo*.

—¡Babosa! —había oído que le decía—
¡Habís perdido lonra, que era lúnico que tráibas al mundo! ¡Si biera sabido quibas ir a dejar lonra al ojo diagua, no te deajo ir aquel diya; gran babosa!...

Tacho lloró, porque quería a la Juana como si hubiera sido su *nana*; e ingenuamente, de escondiditas, se *jué* al *ojo diagua* y se puso a buscar cachazudamente *lonra e la Juana*. Él no sabía ni poco ni mucho cómo sería *lonra* que *bía* perdido su hermana, pero a juzgar por la

cólera del *tata*, *bía* de ser una cosa muy fácil de hallar. Tacho se *maginaba lonra*, una cosa lisa, redondita, quizá brillante, quizá como moneda o como cruz. Pelaba los ojos por el arenal, río abajo, río arriba, y no miraba más que piedras y monte, monte y piedras, y *lonra* no aparecía. La *bía* buscado entre *lagua*, en los matorrales, en los hoyos de los palos y hasta le *bía* dado *güelta* a la arena cerca del *ojo*, y ¡nada!

—Lonra e la Juana, dende que tata la penquiado —se decía—, ha de ser grande.

Por fin, al pie de un *chaparro*, entre hojas de sombra y hojas de sol, *vido* brillar un objeto extraño. Tacho sintió que la alegría le iba subiendo por el cuerpo, en espumarajos cosquilleantes.

—¡Yastuvo! —gritó.

Levantó el objeto brillante y se quedó asombrado.

—¡Achís! —se dijo—. No sabía yo que lonra juera ansina...

Corrió con toda la fuerza de su alegría. Cuando llegó al rancho, el *tata* estaba pensativo, sentado en la *piladera*. En la arruga de las cejas se le *bía* metido una estaca de noche.

—¡Tata! —gritó el *cipote* jadeante—: ¡Ei ido al ojo diagua y ei incontrado lonra e la Juana; ya no le pegue, tome!

Y puso en la mano del *tata* asombrado, un fino puñal con mango de concha.

El indio cogió el puñal, despachó a Tacho con un gesto y se quedó mirando la hoja puntuda, con cara de vengador.

—Pues es cierto... —murmuró.

Cerraba la noche.



SEMOS MALOS

Goyo Cuestas y su *cipote* hicieron un *Arresto*, y se *jueron* para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandolera; el muchacho, la bolsa de los discos y la trompa achaflanada, que tenía la forma de una gran campánula; flor de *lata* monstruosa que *perjumaba* con música.

—Dicen quen Honduras abunda la plata.

—Sí tata, y por ai no conocen el fonógrafo, dicen...

—Apurá el paso, vos; ende que salimos de Metapán tres choya.

—¡Ah!, es quel cincho me viene jodiendo el lomo.

—Apechalo, no sias bruto.

Apiaban para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote. En el bosque de *zunzas*, las *taltuzas* comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Por dos veces *bían* visto el rastro de la culebra *carretía*, angostito como *fuella* de *pial*. Al *sesteyo*, mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un *fostró*. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el *tata* maldecía y se *reiba* sus ratos.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de *pasantes*. Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña; limpiaban un puestecito al pie *diun palo* y pasaban allí la noche, oyendo cantar los *chiquirines*, oyendo zumbar los zancudos *culuazul*, enormes como arañas, y sin atreverse a resollar, temblando de frío y de miedo.

—¡Tata: bran tamagases?...

—Noijo, yo ixaminé el tronco cuando anocheía y no tiene cuevas.

—Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa, nos hallan.

—Sí, hombre, tate tranquilo. Dormite.

—Es que currucado no me puedo dormir luego.

—Estirate, pue...

—No puedo, tata, mucho yelo...

—¡A la puerca, con vos! Cuchuyate contra yo, pue...

Y Goyo Cuestas, que nunca en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un *tapexco*; y, rodeándolo con ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara *añudada* de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano.

Los primeros *clareyos* los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amodorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi-arremangados en la *manga* rota, sucia y rayada como una cebra.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, jaguares, insectos, hombres... Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja —como en los tiempos

primitivos— tener buen o mal corazón a los hombres y a las otras bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar a libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

* * *

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufrago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja enmedio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar *chingastes* de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, pendía un pedazo de venado *olisco*.

—Te digo ques fológrafo.

—¿Vos bis visto cómo lo tocan?

—¡Ajú!... En los bananales los ei visto...

—¡Yastuvo!...

La trompa trabó. El bandolero le dio cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los *blanquiyo*s manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su *cipote* huían a pedazos en los picos de los *zopes*; los armadillos habíanles

ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas tal vez para un sauce, tal vez para un pino...

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cicales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y, desesperada, la *prima* lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron...

Uno de ellos se echó llorando en la *manga*. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo *barrioso*, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

—Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño.



LA CASA EMBRUJADA

La casa vieja estaba abandonada allí, en el centro del enmontado platanar. La breña *bía* ido *ispiando* por las claraboyas que los temblores abrieran para ispiar ellos. Tenía una mediagua *embruecadiza*, donde hacían novenario perpetuo los panales devotos. En los otros tres lados, ni una puerta; apenas un rellano de empedrado, ya perdido entre el *zacate* que *lambía* gozoso las paredes lisas: aquella carne de casa, blanquiza en la *escurana* vegetal, con un blancor que deja ganas de tristeza y que infunde cariño.

Los mosquitos se prendían en el silencio, como en un turrón. El tejado, musgoso y renegrado, era como la arada en un cerrito triste. El viento había sembrado allí una que otra gotera fructífera, con *ráices diagua* y flores redonditas de sol, que caminaban por el suelo

y las paredes del interior. La casa vieja *taba dijunta, enderrepente*.

Según algunos vecinos, aquel abandono se debía a que *lajja* del viejito Morán, que vivió allí, *bía* muerto *tisguacal*. El *maishtro* Ulalio decía que era porque espantaban: “Sale el espíreto de la Tona”, decía; “yo luei visto tres veces: chifla y siacurruca; chifla, y se acurruca: después, mece las mangas y se dentra en el platanar”.

Ño Mónico, que estaba loco de una locura mansita —porque hablaba disparates muy cuerdamente— decía con el aire de importancia y superioridad que lo caracterizaba:

—¡Ah..., no señor..., nuai tales carneros, aloyé, nuai tales!... Siesque vinieron los “managuas”, despacito..., y cerraron las puertas cuando era al mediodía, aloyé. Dejaron adentro a la Noche, que bía venido a beber agua descondidas del sol. Allí la tienen enjaulada, aloyé, y la amarraron con una pita e matate. ¿¡Cómo se va!? Sestá pudriendo diambre: ya giede, aloyé, ¡ya giede! Pasa ispiando por los juracos de la paré; y, cuando nuentran sapos, aguanta hambre. Dende aquí sioyen a veces los destertores de la gonía. Se va en friyo, aloyé. Un diya destos va parecer la yelasón derretida por las rindijas. Los “managuas” la vienen a bombiar todos los diyas, con ronquidos diagua, para joderla más ligero, aloyé...

Los *zopes* no se paraban nunca en el tejado. A veces el gavilán le hacía un pase, con su cruz de sombra; y dicen que la casa se encogía y pujaba. *Taba* embrujada. De noche se *oiba* el *juí, juí* de una hamaca. Un *chucho*, que llegó un día a oler la casa, salió dando gritos de *gente* por el monte y montado en su cola.

Las hojas enormes de los *majonchos* le hacían cosquillas a la casa con las puntas. Sus sombras, en forma de cejas, se mecían en las paredes, que parecían hacer muecas nerviosas. En un ventanuco que estaba en la culata una araña había enrejado, por si abrían... Las *hormigas guerreadoras* le habían puesto barba en una esquina. De cuando en cuando, una teja desertaba en el viento. Una tarde en que Ulalio se acercó, le hablaron desde adentro. Puso atención, y oyó la voz, sin entender las palabras: “Era como que vaceyan un cántaro”, decía, “me dentró un friyo feyo en el lomo y salí a la carrera.

Una vez pasó cerca el cura. Le pidieron consejo y él quiso ir a ver la casa del embrujo. Se *apió*; y, remangándose la sotana, fue al platanar con Ulalio, la Chana y Julián.

—¿Quién vivió allí?

—El viejito Morán y suiija que murió de lumonía. Otros dicen que *taba* tubreculosa.

El cura llegó hasta la mediagua. Los panales empezaron a confesar su misterio. Abrió sin temor las puertas desvencijadas. El cadáver de la noche, que había quedado recostado en la puerta, se derrumbó hacia afuera. Instintivamente, todos dieron un paso atrás. Rápida, como un rayo de carne, una culebra negra y brillante salió y se perdió en el monte. Los sapos venían saltando hacia afuera, como piedras vivas. Entre los ladrillos verdosos, las rueditas de plata de las goteras se habían hecho hongos. El aire *jediondo* casi se agarraba con la mano. Una botella olvidada había ido apagando su brillo de puro terror.

El cura mandó a Julián por escobas y empezó a jalar los *acapetates* con una vara. Se desgajaban, haciéndose tierra. De aquella rama sombría del techo, los murciélagos se desprendían, como hojas, o se volvían a colgar, como frutas pasadas.

El cura estuvo toda la tarde limpiando la casa. Bendijo un *tarro* de agua y lo regó por todas partes. Sacó un libro y susurró latines. Clavó una cruz de *palo* en un pilar y ordenó que se dejaran abiertas las puertas para que oreara, que se desenmontaran los contornos, que se cogieran las goteras, se plantaran flores en el suelo y se colgaran macetas de las vigas.

Días después, el cura pudo ver la casa resucitada. El patio liso y barrido, las enredaderas trepándose por las paredes y las macetas colgadas de las vigas. Sonriente y gordo, palmeó en la espalda de Ulalio y le dijo:

—¿Conque, embrujada, eh?...

—¡No creya Padre, entuavía sioye un bisbiseyo!...



DE PESCA

Er^Eran allá como las tres de la madrugada. La luna, de llena, *lambía* las sombras prietas en los montarrascales y en los manglares dormilones. El estero, lagunoso en su calma, era como un pedazo de espejo del día; del día ya roto. La playa lechosa, de cascajo crema, se dejaba espulgar por las suaves ondas espumíferas, que la brisa devanaba sin prisa. La isla, al otro lado del agua, se alargaba como una nube negra que flotara en aquel cielo diáfano, mitad cielo, mitad estero. Las estrellas pintaban en ambos cielos. El mar, a lo lejos, roncaba adormilado por la frescura del aire y la claridad del mundo. Un cordón de aves blancas pasó, silencioso y ondulante como una culebra de luna.

De la mediagua oscura, salió a la playa un indio. Llevaba desnudo el torso, los

calzones arremangados sobre las rodillas; se desesperaba, como queriendo echar al suelo el fardo del sueño. La arena, al ser hollada por los anchos pies descalzos, mascaba el silencio. Miró las estrellas con los ojos fruncidos. Se espantó los mosquitos, miró el agua platera y regresó al rancho.

—Son ya mero las tres, vos... ¿Nos vamos?

Una especie de aullido de pereza le contestó. Luego, la voz *atecomatada* del compañero respondió:

—Ai veyá, mano...

—Amonóos...

Los indios, hurgando en la sombra del caedizo, escogieron los utensilios y fueron trasladándose al bote. El bote dormía, encallado, mitad en el agua, mitad en la arena. Un *chucho* prieto iba y venía husmeando el viaje. Por efecto del silencio del agua, de la luz, del cielo bajero, el mundo todo parecía palpitar, cabecear como un barco en marcha. Los *pocuyos*, *despenicados* en la inmensidad, arrullaban la cuna de la noche con su triste “oíeo, oíeo, oíeo”, que sonaba intermitente, como la paletada blanda del remo que va, va, va... sin prisa y sin ruido.

—Ya va ser parada diagua, vos.

—Ya paró, mano.

—¡Aligere, puel!...

Despegaron el bote a empujones y pujidos. El bote coleó, libre, *descantillándose tantito* y revolviendo la plata de la luna en desparpajos. Hundidos hasta las piernas, aún empujaron. Luego se metieron dentro y se dejaron llevar por el *tranquil* del agua parada. Era el cambio de marea; las corrientes que entraban al estero, fatigadas de ir buscando mundo, descansaban un momento, antes de regresar al mar abierto. Entonces el *peje* abismado venía arriba, flordeaguando, y buscaba la calma de las ramazones y de los bancos. Ligeros colazos de zafiro indicaban ya el *punto* del agua. Las sombras rojizas de los *parvos* pasaban, esquivando el peligro, avisados por el lánguido paleteo del *canalete*.

En fraterno silencio los indios cruzaban el agua, como si volaran entre dos cielos. En la proa, ávida de espacio, el uno empujaba con la pértiga negra y larga que subía y bajaba rítmicamente, sincronizando con el manosear del *canalete*, que el otro indio manejaba en la popa, acurrucado y friolento. En el centro del bote el *chucho*, sentado, miraba tímidamente los cacharros del cebo.

—¡Qué friyo, vos!...

—¡Ajú!...

—¿Vamos al ramazal de la bocana?

—Como quiera, mano.

Los ramazales emergían del agua purísima como inmensas arañas negras. Dos, tres, cuatro..., quedaban atrás. Al pasar rondando un tronco, el raizal *projundo barzonió* el bote, afligiéndolo. Con hábil punteo, salieron del paso.

—¡No se arrime mucho, mano!

Torcieron hacia el sur; a poca distancia del ramazal, echaron el *fondo* y quedaron inmóviles. Poco tiempo después arrojaban los anzuelos. Con rápido ademán los lanzaban al aire. La pita hacía una larga parábola, y el plomo se hundía allá, con un ligero: “chukuz”. Luego el cordel se quedaba ondulando encima y poco a poco se abismaba. Quedaban a la expectativa. Habían encendido los puros y *jumaban*, acurrucados.

—¿Pican, mano?

—No quieren picar.

—Ya me puntteyan, vos.

—¿Eh...?

—Es bagre, de juro. Estos chingados sian de ber llevado la chimbera.

La *chimbera* era el cebo. El indio sacó el anzuelo, de jalón en jalón. Por fin sobreaguó el plomo negruzco. Se habían llevado el bocado.

—¿Lo vido? Son esos babosos bagres, vos.

—Si quiere nos hacemos al lado de laisla.

Iba a sacar su cordel, cuando un fuerte tirón, que ladeó el bote, les advirtió de una presa mayor.

—¡Jale, mano; debe ser “mero”!

El indio tiró con todas sus fuerzas.

—¡Ya mero revienta este jodido!

Llegó el otro a ayudarle. Tiraron penosamente. El bote cimbraba, *voltión*. En la cola de un espumarajo surgió de pronto una sombra enorme, que arrollaba la linfa con ímpetus de marejada. La luz nerviosa le mordía en redor.

—¡A la ronca, mano, es tiburón!

—¡Y del fiero, vos!

—¿Lo encaramamos?

—¡Déjelo dir, chero, nos puede joder al chucho!

—¿Gua perder mi anzuelo?...

—¿Qué siarremedia?

Un coletazo formidable hizo crujir el bote. El *chucho* buscaba fijo, abriendo las cuatro patas y hundiendo la cola. Soltaron. Se *apercoyaron* a las bordas y trataron de nivelar. Un segundo coletazo ladeó el bote. Dos sombras eseantes atacaban con furia.

—¡Levante el fondo ligero!

—¡Aguárdese!

Un tercer coletazo echó de bruces al indio que tiraba del *fondo*. La caída hizo volcarse al bote; hubo un griterío salvaje; las colas golpeaban en la cáscara del bote como en un tambor. Grandes rosas de espuma se fugaban en círculos, empurpurando la plata mansa. Después, todo quedó quieto.

* * *

Agrupados en la orilla, los moradores del valle escrutaban la noche. Los gritos habían levantado a las gentes. La *ña* Gerónima, gorda y grasienta, con su delantal de cuadros azules, comentaba temblorosa.

—¡Avemaría purísima!...

Los viejos de quijada de plomo cabeceaban, como diciendo:

—Pa que veyan...

Los *cipotes* abrían sus bocas y se acurrucaban, para descansar las barrigas enormes.

—Esos han sido los Garcíya.

—O los Munto.

—Hilario y Cosme, quizá...

—A saber si jue Mincho de la señá Fabiana.

—Sí, pue...

El día venía abriendo rápido, con ambas manos, los azules del Azul. La luna, marchita ya, se arrinconaba en la montaña. Las ondas de la vaciante *traíban orito* en la punta. El manglar se había separado del paisaje, tomando su cuerpo. La isla verdegueaba, y la fragancia de la mañana venía *mera* cargada.

De pronto, se vio una estela que flechaba hacia la orilla. Todos quedaron en suspenso. Un perro negro llegaba jadeante, aclarando el misterio de la tragedia. Salió de un último pechazo a la orilla; meneó el rabo; se sacudió bruscamente la gloria del sol, y no dijo nada.



BAJO LA LUNA

La laguneta se iba durmiendo en la Lanochecida caliente. Rodeada de bosques negros iba perdiendo sus sonrojos de mango sazón y se ponía color de *campanilla*, color de ojo de ciego. El *camalote* anegado en los aguazales le hacía pestaña. El cielo brumeaba como quemazón de potrero, donde eran brasas los últimos *apagos* del poniente. Abajo había, en balsa de *ramalada*, dos garzas blancas; la una, mirando atenta la gusanera del viento en el vidrio verde de las ondas; la otra, mirando como asustada el cielo en donde apuntaba una estrella con inquietudes de escama cobarde.

Güelía a mumuja de palo podrido, a *zompopera*, a *chira* de *mateplátano*, a *talepate* y a *julunera* triste. Había ahogados en todas las *oriyas*, ahogados hamaqueantes. sobreagüeros, de troncón y de basura. En las pescaderas, las

varas ensambladas estaban *prietas* sobre el claror, y se reflejaban *culebriando guindoabajo*. *Pringaba jenjén* y zancudo. A *lotra oriya* se *oiba patente* el *butute* del *guauce*, llamando a la pareja para beber sombra. En el escobillal oscuro de la noche, el cielo y el agua quedaban trabados, como guindajos arrancados a una som brilla de seda desteñida. El día se alejaba, lento y cabecero, echando polvo con las patas como los toros cimarrones.

Llegada la noche, un tufo a tigre sopló los matorrales, la laguneta sonaba como una cuerda *diagua* a cada respiro, y de cuando en cuando se oían los *chukuces* de las mojarras asustadas.

La ranchería del vallecito estaba en una ensenada oscurecida de *tamarindos* y *voladores*. Había ranchos *hojarasquines*, ranchos *palma barrendera*, coludos como *pajuiles*, y ranchos empalizados a través de cuyas paredes de esqueleto, la luz candilera —esa *tristura* de querencia nocturna— se filtraba a los patios de barro desnudo, alargándose en caprichosas luminarias.

Los *chuchos* empezaban a ladrar con persistencia con su quejumbre peculiar, los *tuncos* revolvían las sobras de *huate* que bueyes forasteros habían dejado al pie de los *morros*, de troncos limados por las cornamentas. Una

guitarra escondida roía el sueño de la noche. Venía saliendo la luna con una fogarada platera que daba gusto. La luz *chele* y tristona se tendía en los playones *bocabajo*, alagartada entre los troncos torcidos, chafando las trompas de los *cayucos* varados en seco. Los *jocotes* botaban sus frutas de rato en rato, en el blando estiércol espolvoreado. Iban los primeros temblores de luz, estremeciendo a lo ancho el agua friolenta.

* * *

Con un trágico sonar de cartucheras y *caitazos*, el rancho de Miguel se vio *rodiado* por la escolta *guarera*. Sobre la puerta, de cuyas rendijas manaba resplandor de alma, el cabo Remigio López dio tres *fierrazos* con la cruz de su daga. De dentro *naide* respondió y la luz se apagó, dejando más en luna la entrada.

A una seña del cabo, los *chicheros* empezaron a *culatiar* la puerta, hasta que de golpe se *jue* en *blanco*. La ventana trasera estaba cuidada por tres hombres y cuando se abrió fue como la boca de una trampa. Hubo una refriega que atrajo algunos curiosos; y pronto los cuatro *sacadores* cogidos, salían del caserío con las ollas y los *telengues* al hombro.

El camino estaba *como el día*, y la arenita fresca acariciaba los pies. Iban los ocho de la escolta distrayéndose con los luceros; y el

cabo, montado, *jumando* su puro, se agachaba dormilón. Sólo los presos conversaban. El cabo les *oiba*, perdonero.

Llegado que hubieron a las ruinas del obraje, hubo un descanso. El cabo López se acercó amigable a Miguel y le dijo:

—Esa ña Pabla Portillo de que hablaba usté, joven, ¿onde vive?

—En Las Isletas. Es mi mama...

—¿Tiene hermanas su mama?

—La ña Dolores Portillo, de San Juan.

—Es la mía...

—Entonce, usté es Remigio López, el marido de la Felicia.

—El mesmo.

—¡Ah, ya jodimos!...

—Me vua quedar con vos atrás, y te golvés...

Miguel sonrió apenado y se miró las manos.

—Veya, primo; si me va a soltar sólo a yo, mejor alléveme.

El cabo vaciló, honorífico.

—Es que el deber, hermano... la vaina...

Como Miguel le miraba fijo y callando, el cabo López se alejó lento a la sombra oscura de una fila de *isotes* y llamó a los soldados, que le fueron rodeando curiosos. Al mismo tiempo Miguel se unió a los presos y les arrimó al puro de la resignación, la brasa de la esperanza.

Después de un buen rato de espera, los *sacadores* vieron llegar al cabo que se arrimaba caviloso. Se paró enfrente, con los brazos cruzados encima de la daga. Los miró uno a uno como *juido*. *Naide* habló palabra. Lejano se *oiba* el río, siempre despierto. Como en trance sin remedio, el cabo dijo por fin:

—¡Desgránense, desgraciados; no seya que me arripienta!...

Semejando cercenadas cabezas de gigantes, las ollas se quedaron solitas junto al cerco de púas, como diciendo: “¡Achís, ¿que pasaría?...”.



EL SACRISTÁN

Se llamaba *Agruelio*; era casi joven, casi viejo; su cara era rostro. *Sonreiba* beatíficamente, con la dulzura triste de las bocas sin dientes. Era moreno; de pelo gris; de ojos grises; de manos grises; de traje gris, de alma gris... Iba siempre agachado; iba, por el corredor del convento, por el suelo de la Iglesia siempre desierta, arrastrisco como una *cuca*, como ratón: tenía quién sabe qué de solterona, a pesar de que, en aquel paradójico hogar donde la falda era masculina, daba la idea de la esposa del cura. Los tacones de sus zapatos *burros* no podían olvidar el martillo del zapatero; martillaban constantemente el eco, impregnado de incienso, de aquella tumba fresca.

Agruelio salía de allí muy pocas veces. Era una especie de topo parroquial. De cuando en cuando se aventuraba en el atrio, para

ver la hora en el reloj de la torre. Miraba a la calle, como quien mira al mar; miraba al reloj, como quien consulta los astros. El mirar tan alto le mareaba. Frotaba sus cejas felpudas y breñosas, y entraba tambaleante a su cueva. Tak, tak, tak... los tacones, buscadores de tesoros. La nave del templo iba perdida en una tempestad de silencio, izadas todas las velas de *esperma* con sus fuegos de San Telmo. En la popa, como un mesana desmantelado, iba el crucifijo.

Agruelio era devoto de Santo Domingo. Santo Domingo vivía en el rincón más olvidado del crucero de la iglesia.

Era aquél un rincón arrinconado, oscuro, frío. La casa del santo era un altar antiguo, de un dorado de *kakaseca*, ornamentado churriguerescamente con espirales terrosas, guirnaldas de mugre, gajos de uvas, piñas, granadas, pájaros muertos, mazorcas de *mais* y rosas petrificadas. Tenía en la portada unos pilares como *pirulies*, unas columnitas de pan francés, unos capiteles de melcocha; y, por las paredes, hojas, hojas, bejucos; rueditas, *chirolas*, colas de alacrán y arañas de verdad.

De pie en el portal, el santo, todo vestido de negro y blanco, miraba lánguidamente tras el vidrio del camarín. Tenía en una mano una

bomba de anarquista, y en la otra un libro como un ladrillo; a sus pies, un *chuchito* de circo. Su rostro era lampiño, a pesar de la barba postiza de madera. Era calvo el pobre; y miraba como con hambre.

Agruelio lo amaba; se parecía algo a él, de tanto contemplarlo. Se robaba las candelas del Niño de Atocha (que era el menos respetable, por lo *cipote*) y se las iba a poner a su patrono. Tenía celos de una vieja, que le disputaba la predilección. La vieja le adelantaba en limosnas. En aquel rincón oscuro, se marchitaban hasta las rosas de papel. El llanto de las candelas se había cuajado en la mesa de lata. Los rezos habían atraído algunas avispas, que panaleaban en las cornisas.

* * *

Aquella madrugada, Agruelio se había levantado como siempre, a impulso de su presentimiento de gallo que conoce la vecindad del sol. Entró a la iglesia con un portazo. Anduvo preparando el vino para la misa de cinco. Luego fue, taconeando, a encender las candelas. Dejó la vara en un rincón y subió al campanario para dar el primer *toque*.

Su mano gris, agarrada del badajo, se puso a tirar sobre el pueblo dormido, grandes anillos sonoros, que caían ondulando, ondulando;

abriéndose, abriéndose..., hasta llegar a la orilla del cielo, donde despuntaban ligeros claros. Luego, Agruelio bajó, chas, chas, chas, de grada en grada; siempre arrastrisco, apoyándose con una mano en la pared del caracol. En la *escurana*, las candelas pintaban claror con sus brochitas azules. Los *murciégalos* entraban, borrachos, huyendo del día; escupían y se colgaban, como *tasajos*, en las vigas; uno que otro rozaba la cara del sacristán, con su cuerpo de *guineyo* pasado.

—¡Estos babosos!.. ¡She!...

Quería quitárselos a manotadas, como a moscas. No le *casaba* mucho el pañueleo espeluznante de las alas de carne.

—¡Bían dihacer recogida, con estos ratones volantes! Tienen carediablo, dientes, pelos y juman...¡Papadas!...

Se fue derecho al crucero. Al llegar frente al altar de su devoción, se arrodilló persignándose; cruzó los brazos, y, elevando su rostro un poquito *ladiado*, lo endulzó humillándolo, mientras dejaba caer una plegaria.

Fue entonces cuando el terremoto, que había estado un siglo con el pelo cortado, haciéndose el *babieca*, entró de golpe en la iglesia; y, como un nuevo Sansón, agarró las columnas y sacudió.

Agruelio tuvo tiempo de ponerse en pie.

—¡Santo Dios, santo juerte!..

Era tarde. El patrono había soltado su bomba de anarquista. Tambaleó el altar, desmoronándose como una torta seca; se rajó el muro tremendo; y el santo, perdiendo los estribos, vino a dar en la cabeza de Agruelio con su ladrillo bíblico.



LA BRUSQUITA

El rancho de Polo quedaba allá donde empieza a trepar el volcán, al pie de unos *caragos floridos*, al jaz de la vereda que lleva *onde* Meterio Ramos, cerca del cantón Guaruma. Entre pedrencos morados, hecho con paja de arroz y palma, el rancho miraba *pa* bajo, *pa* bajo, por encima de los grandes potreros del Derrumbadero, hasta el río Guachote *quiba* haciendo *así, así*, hasta perderse en la montaña. Encorralado en un requiebre, entre *cocos* y platanares, estaba el pueblo. Eran todas las casitas blancas y estaban echadas con los ojos abiertos. Como ganado arisco en desparpajo, iban allá los cerros *atrompesándose* unos con otros, o encaramándose al *dir* de brama.

La *señá* Manuela, la partera, dejó el *guacal* de café en la hornilla apagada, sobre el polvito azul de la ceniza, y con un palito encendido

prendió la *cabuya* de su cigarro. Con un ojo apagado por el humo, le dijo a Polo para cerrar plástica:

—Ve vos, yo sé lo que te digo: nuay más dolor quel de parir...

Polo asintió, con sencilla nobleza de *irnorante*. Se despidió la vieja y se fue; y el indio, que vivía solo allí, descolgó la guitarra, como quien apecha la tristeza sin temor; y *liayudó* al cielo a *dir* pariendo estrellas en la tarde.

* * *

De allá de la carretera, de bien abajo, venía cargando con ella. La *bían arronjado diun utomóvil*. Él *bía* visto el empujón y el *barquinazo*. Iban todos *bolos* y ella lloraba a gritos. Cayó en *pinganiyas*, y, dando una *güeltereta*, sembró la cara en el lodo y se quedó *aletiando*. Él la *pepenó* y, como no había dónde, se la llevó cargando al rancho; cuesta arriba, cuesta arriba, *sudoso* y enlodado. Ella *sangriaba* y se quejaba. Por dos veces la *bía apiado* para que arrojara. Arrojaba un *piro* espumoso y hediondo y *diay* se desmayaba.

Entró con ella apenas; la puso en la cama y empezó a lavarle la cara con un trapo mojado. A la luz del candil *vido*, al ir borrando, que tenía la cara *chula*. El pelo lo *andaba* al *jaz* de

la nuca; era blanca y suavcita, suavcita como algodón de ceiba. Cuando abrió los ojos *vido* que los tenía *prietos* y *brillosos*, como charcos *diagua* en noche de relámpagos.

* * *

Se quedó allí mientras se curaba. Había pasado una *goma feya*, que le bajó con *chaparro*. Con la sobada que le dio en la pierna, bajó la hinchazón. Podía apenas dar pasitos, renqueando y quejándose. Pasaba todo el día tirada boca arriba en la cama, descalza su blancura y triste el negror de sus ojos que le *sonreiban* agradecidos. Se dormía, se dormía..., y él la *veiya* desde el taburete, medio envuelta en el *perraje*, con el pelo en la cara, *acuchuyada* toda ella, dándole el redondo de su cuerpo con un abandono que le hacía temblar y *herver*. Cuando estaba *projunda*, él se acercaba y se inclinaba. *Güelía ansina* como una *jlor de no sé qué*, con un *perjume* que *mareya* y que dá *jiebre*. Pero Polo sabía, en su sencilla nobleza de *irnorante*, que *nuay* que *conjundir la caridá*...

* * *

—Usté, ¿diondés?

—¿Yo?... de la capital...

—¿Por qué la embolaron y larronjaron?...

—Por bandidos que son. Les pegué en la cara y les dí de patadas y entonces me aventaron los malditos...

Polo quería decir algo, quería sacar *ajuera* el *ñudo* que se le *bía* hecho en la garganta; pero no salía: era como una espina de pescado y no salía más que por los ojos. Ella lo miraba sonriente. Para animarlo, le dijo:

—¿Que no me mira que soy “brusca”?

Él no comprendió aquel término urbano. ¡Ah, si lo hubiera dicho con P, qué feliz habría sido!

—¡Qué brusca va ser usté...!

Ella respetó aquello que creyó ser una ilusión de pureza. Él sin duda la tomaba por niña.

* * *

Se separaron en el cruce de los caminos. Allá en el *plan*. Se miraron fijo un rato, mientras cantaban los *pijuyos*. Ella le cogió las manos y se las besó, se le *atrinquetió* en el pecho, y ligerito, le dio un beso en la cara y se alejó *renquiando*. Él quedó como sembrado. Rígido como *brotón* de cerco, mirándola *dirse*, *pelona* y *chula*, chiquita y blanca. Cuando *descruzó*, lo *voltió* a *mirar* parándose un momento y le

dijo adiós con los dedos. Él, sin *juerzas* casi, le mecía la mano.

* * *

Sentado en la piedra, frente al rancho, miraba *baboso* y *juido* del mundo, cómo venían, por los potreros del Derrumbadero, los toros tardíos cabeceando y mugiendo, como si empujaran un trueno.

En la puerta del rancho la *señá* Manuela, la partera, cansada de hablar sola, se *encumbró* el último trago de café hundiendo la cara en el *guacal* y sentenció siempre *al igual*:

—Yo sé lo que te digo: nuay más dolor quel de parir...

Con sencilla amargura de *imorante*, el indio dejó de hacer cruces en la arena, y de un golpe clavó con furia el *corvo* en el tronco del *carago*. Cayeron *jlores*.



NOCHE BUENA

La tarde herida cayó detrás del cerro, con *lala* azul tronchada y el pico *dioro entriabrido*. El nido de noche quedó solito, con *piojío* de estrellas y el huevo brillante de la luna. Plumas quedaron angeleando, *tristas*.

Los *guarumos*, altos y *chelosos*, se miraban en las *escuranas*, con aspecto de *espíretos de palos*. La brisa espesa, *tufosita* y *jelada*, hacía nadar las ramas en los claros morados del cielo. El *sereno mojisco* untaba brillos en los bultos de las cosas; y toda la tierra se encaramaba al cielo en olores. Lijaban los grillos, puliendo el silencio.

Por la puerta del rancho embarrancado, salió al pedrero una puñalada de luz. Las sombras acamelladas de los moradores reptaron hasta el patio. Un *chucho* interpuesto, se había hecho mesa en el umbral.

Poco a poco, la noche se fue alunando en clarores hermosos. Desde el patio se columbró el caserío del pueblo. Uno *quiotro* candil estrellaba la calle. En el campanario antiguo, la luna cuajaba, campaneando alegre; y, de cuando en cuando, los *cuetes puyaban* la carpa *tilinte* del cielo, *chiflando* todos luminosos y rebotando con estrépito.

* * *

La *nana* se enrolló en el *tapado* y salió, seguida de los dos *cipotes*. La Tina tenía once años; era delgadita y *pancinga*. Nacho andaba en cinco: sopladito, pujoso, careto y mocosito. La camisa le campaneaba al haz del ombligo. Caminaba jalado, *atrompesándose* y con la boca en forma de o, por la *trancazón* de la *ñata*. Bajaron al camino *rial* y cogieron rumbo al pueblo.

Iban, iban..., en silencio, tranqueando por la calle polvorosa que, como una culebra, tenía piel a manchas de sombra y luz. Unos toros pasaban por el llano, empujando la soledad con sus mugidos de brama. Al pasar por La *Canoga*, frente al rancho de *ño* Tito, la puerta de luz les cayó encima, asustándoles los ojos, y oyeron la risa de la guitarra. Pasaron en fila. Iban, iban... Como era Noche Buena, había misa del gallo; y se había corrido la *bola* de que el padre Peraza

iba a regalar juguetes a los chicos, después del sermón. La Tina y Nacho no habían tenido juguetes nunca. Jugaban de muñecas, con *caragües* vestidos de *tusas*; de tienda, en la *piladera*; de *pulicia*, con *olotes*; y de pelotas, con bolas de *morro*. Iban, iban... *La chucha* seca los seguía, rastrera y tosigosa. Se *óiba* ya, clarito, el tamborón y el pito que pastoreaban la alegría pueblerina. En una embrocada que se dio el camino, saltó *cheleante* el pueblo; y, desde la torre de la iglesia, el ojo con dos pestañas del *reló* se les quedó mirando ceñudo, y no los perdió de vista hasta que embocaron por la plaza.

Había ventas; olía a *jumo*, a *guaro*, y a *cuete*. Se entraba al atrio entre ramas de *coco* y *pitás* empapeladas de colores. El pito y el tambor pastoreaban la alegría.

* * *

La niña Lola los topó en las gradas.

—¿Habís venido al reparto, Ulalia?

—Sí, pue...

—Date prisa, si querés que te les den algo a los cipotes. Ya el padre ta cabando.

La *nana* jaló la cadena, en busca del *reparto*; siguió el lateral de la iglesia, y se *aculó* contra el *chumazo e gente* que iba entrando *encipotada* al

reparto. La *bullanga* ensordecía. Entre los que se *réiban*, pujaban los apretados.

La Ulalia seguía *aculada*, siempre al *tanteyo* de coger puesto. Por fin, llegó hasta la barriga negra del cura. Sonaban trompetas; sonaban *chinchines*; sonaban *tumblimbes*.

—¿Y vos? ¿Vos no sos del pueblo, verdá?

—No, padre-cura; soy del valle...

—¡Hum, hum!... ¿Tus cipotes nuan venido a la doctrina, verdá?

—No, Señor: tamos lejos...

—¡Hum, hum!... Para vos nuay; para vos nuay... ¿Entendiste? Para vos nuay... Pase lotra, pase, pase...

* * *

Topadito al cerro, *floriaba* un lucero. La Ulalia iba, por el camino, de *güelta*.

Con su voz tísica, decía:

—¡Apurate, Nachito, andá!

La Tina *luiba* jalando. Nachito decía:

—¿Y ed juguetes, mama?...

La camisa le llegaba al ombligo. Iba tranqueando. A lo lejos, se *óiba* el río embarrancado. En los claros, salían de los palos brazos negros, que amenazaban el cielo.

—¡Apurate, Nachito, andá!...

—¿Y ed juguetes, mama?...

Al pasar por el rancho de *ño* Tito, la puerta de luz les cayó encima, y oyeron la risa de la guitarra.



BRUMA

Pringaba siempre, como toda la noche, como todo ayer... El día había nacido de la *escurana* como un humito azulón. Era tiempo de *ñebla* y la laguna estaba dormida, borrosa, y de ella se desprendía con el silencio un aroma triste. El agua gris, perdida en el cielo gris, era casi invisible. Dulcemente batía la orilla como si la besara. En aquella orilla oscura parecía *finar* el mundo suspendido sobre un *presepicio* de tristeza.

El *cayuco* se desprendió de la palizada con pechazos suaves de *pescado colasero*. Como el alma *diun* palo viejo que se desprende del mundo, así el *cayuco* se fue alejando, volátil, en aquel cielo de *ñeblina*. Hundía y alzaba el ala delgadita de la *pértiga*, *coliendo* timonero con la pluma del remo. Un pescador cantaba. Su voz volaba entre la *ñebla dorisca*, como un

murciégalo atontado salido *diun* oscuro querer. Murientes ecos sobreaguaban en la distancia. En aquella luz que se disolvía en la bruma, extrañas formas parecían despertar al conjuro del canto. Caderas de plata venían danzando sobre el agua muda; azules cabelleras flotaban en la brisa y había allí, en la margen, vagos ruidos de bocas que se abren a flor de agua, de suspiros, de besos, de gárgaras, como si todas estas brujerías se hubieran despertado para embriagarse en la mañana sutil.

Dejando suelta al dulce *ondeyo* del remolque la trenza de su canto, el negro Calistro calló *chachando* su mutismo al de su *chero*, como *pa* hacer un *tecomate* de *tristura*. Iban ligeros; más que sobre el *cayuco*, parecían bogar sobre el silencio. Una *quiotra* espumita iba reventona y efervescente en la punta del remo, dejando oír su leve gorgorito.

Seguía *pringando cernido*. *Jueron* dejando de remar, dejando, dejando, hasta que se quedaron casi quietos sobre el *respiro* del agua dormida. El sol, en medio de la *ñebla*, era como el corazón *amariyo* de una *jlor* algodonosa. Echaron los anzuelos. En aquella *vagancia* de las cosas no se sabía si picaría un pez o si picaría un pájaro.

* * *

Al mediodía se puso más *tupido* y más *jrío*. Llevaban tres horas pescando y no habían ajustado el *tanto* de rigor. Oyeron un cantar bajito, allí cerquita, y pensaron afligidos en El Duende. De pronto, una sombra vaga surgió del fondo de aquella claridad *golpiada* y se precipitó violenta sobre el *cayuco*. El golpe se oyó sordo como mazazo en *piladera*, y tras el golpe el *chukuz, chukuz, chukuz* de tres cuerpos al caer al agua. *Manoteyos*, voces y maldiciones, en trágico remolino, rondaron las cáscaras de los *cayucos embruecados*.

—¡Nade juerte, chero, hay que salir!...

—Voy nadando, oyó. ¿Quién babosos será ése que vino a jodernos?

Una voz cercana se dejó oír tranquila y *orientera*:

—Van nadando al contra, hijós. Laguna adentro siogan; síganme a yo.

Aquella *seguridá* les dio confianza; y a *nado e chucho* buscaron el *braciado* del desconocido, que los guio, los guio, los guio hasta que asentaron jadeantes en el lodito *mechudo* de la orilla. Al *tanteyo* buscaron el *monte* y se tendieron a descansar. El negro *Calistro* estaba casi acalambrado por el *yelo* del agua. Quería preguntar al desconocido quién era, y darle las

gracias; pero el *juelgo* se le *atorzonaba* en la garganta como un tapón y no podía hablar.

Dejó al fin de *pringar*. Un vientecito brincador empezó a barrer el cielo. El sol logró meter un rayo *dioro* en la laguna, como carrizo en *jícara*, y empezó a beberse la cebada espumosa de aquella *ñeblina*. A las tres se *vido* clarito las dos rodillas *prietas* del volcán, acurrucado allá en Oriente. Como enormes esponjas oscuras, fueron apareciendo las *ramazones* de los *palos* asomados a la playa. En el patio del rancho cercano, la *tarraya* colgada de una pértiga parecía la telaraña del *callar*, para coger moscas de ruido.

El negro *Calistro* y su compañero miraron curiosos al *endeviduo neshnito*, que no lejos de ellos mostraba su espalda negra y angulosa de *taburete* viejo. Les *bía* sacado seguros, *reuto* y al *mero* punto de su propio *rancho*. Cuando el indio volvió su cara *barboncita*, *cholca* y sonriente, una exclamación de asombro brotó al unísono de sus labios:

—Ño Vicente, el ciego!...

—El mismo, hijós. A nosotros los chocos nos encamina el estinto, un estinto más seguro que la bruja de los ductores, quiapunta siempre al Norte, según el decir...



ESENCIA DE “AZAR”

La aurora se iba subiendo por la pared del Oriente, como una enredadera. Floreaba corimbos rosados y gajos azules. Una que otra hoja dorada asomaba su punta. Las estrellas se iban destiñendo una por una.

Un vientecillo helado, aclarante como si llevara disuelta en su caudal la luz, iba llenando la pila del mundo con el agua dorada del día. Los gallos flotaban, aquí y allá, como pétalos *despenicados* de una sola alegría.

Dulcemente se abrió la puerta de la esquina y espantó en la tienda los olores dormidos: olor a *maicillo* y a *petate* nuevo; olor a *mantadril* y a *cambray pirujo*; a jabón, a canela y anís. La luz tranquila entró, limpiando de sombra los estantes, los mostradores, los sacos aglomerados a lo largo de la pared y la máquina de coser,

sobre la cual el gato gris seguía durmiendo, enroscado como un *yagual*.

La Toya abrió también la ventana; y, cogiendo la escoba del rincón, empezó a barrer con el polvo de *tiste* de los ladrillos, las tiras de género, las briznas de *tusa*, los pelos de *elote* y uno *quiotro* papel. A los lejos, freían un huevo.

La ña *Grabiela* salió del dormitorio, apartando la cortina de *perraje*. Era una viejecita blanca, lenta y encorvada. Sus ojillos, verdes y hundidos, miraban bajeros, siguiendo los giros del pescuezo. Sobre su panzinga de beata, colgaba el delantal fruncido; y, sobre el delantal, el *mosquero* de llaves. *Tembeleque*, llegó al mostrador; miró, con ojos de ausencia, la calle empedrada que subía curveando; el trasero mugriento de la iglesia; y, a través del arco del campanario, el cielo azul, de un azul dominguero. Luego, la ña *Grabiela* abrió la gaveta del mostrador y, metiendo su blanda mano de espulgadora, hizo sonar el humilde pianito del *pisto*.

—¡Toya!...

—¡Mande!...

—Andá onde Lino, que te venda un cuis de esencia de azar. Llevá el bote. Mia güelto el dolor...

Por la esquina entró una *cipota* y fue a pegarse al mostrador, empinándose sin lograr dominarlo.

—Ración de canela y ración de almidón...

Cantaba al hablar. La *ña Grabiela*, que era un poco sorda, no la oyó.

Andaba dando vueltecitas de uno a otro lado. Espantó al gato, *metiéndole un tastazo* en la nalga.

—Ración de canela y ración de almidón...

La viejecita entró en el dormitorio, apartando la cortina. Iba tambaleándose. La niña, siempre pegadita al mostrador, catarrosa y desmechada, continuaba esperando. A lo lejos, en el patio, alguien se bañaba a *guacaladas*.

De la trastienda llegaba un quejarse congojoso. La *cipota* no hablaba ya más: escuchaba, con la boca entreabierta, el quejarse monótono, como mecido de hamaca. Poco a poco iba menguando, menguando... hasta callar. Cuando calló, la niña salió tímida al andén y aguardó.

Llegó la Toya, con la *esencia de azar*. La niña la detuvo.

—La *ña Grabiela* taba quejándose, y se jue callando, y se jue callando, y se jue callando... hasta que se calló.

La Toya entró corriendo.

—¡Madrina, madrina!...

Alguien seguía bañándose en el patio, a *guacaladas*. Dulcemente volvió a cerrarse la puerta de la esquina, guardando los olores: olor a *maicillo*, olor a *petates*, olor a manta y a *cambray pirujo*, a jabón, a canela y anís..., y a *esencia de azar*.



EN LA LÍNEA

Todos los días pasaba la ciudad cuatro veces, dos de ida, dos de vuelta. Paraba allí un momento, con su vocerío y su vender y comprar, con su cosa de clases y alcurnias y con sus lenguas exóticas. Cuando se alejaba, la estación quedaba otra vez en el grato abandono del campo, solita a la sombra de la montaña, con sus plátanos de hojas dormilonas en la brisa, y sus *madrecacaos* vestidos de encaje. La paz contaba gotas en el vertedero cercano, entre *quequeishques* de grandes hojas, envidiadas por el elefante negro del tanque *bebedero*, que no tenía orejas para sacudirse los mosquitos. Cuando el tren se había perdido en el recodo; cuando sólo se oía ya el rodar sordo de torrentera y apenas, al cruzar un corte lejano, se miraba el bíceps apurado de la locomotora color de *clarinero*, que iba hundiéndose en el viento con

su cola de rojo-quemado, la sombra en frente de la estación se hacía más ancha y más fresca, volvían a oírse los gallos y el *chiflido* del viento en los alambres del teléfono. El volcán estaba enfrente, enmontañado y silencioso; las nubes inclinadas miraban indolentes, perezosas y adormiladas los cuadritos de los sembrados y aradas; y en la oquedad de la casita de madera y lámina se oía el aparatito del telégrafo, picando letras, como paloma mensajera de ávido buche.

Había detrás una hortaliza que el viejo Jefe de Estación, lampiño y célibe, regaba balanceando la regadera con la unción de quien fumiga un altar. Un mozo dormía despernancado en la banca de la plataforma; y allá, junto al cerco del potrero, que se perdía en lejanas hondonadas, un caballo blanco dormitaba de pie, esperando la caricia cotidiana del viejo, quien al pasar con la regadera vacía, le palmeaba la tabla reluciente del cuello.

Había para el Jefe de Estación largas horas de recreo, como para los niños de escuela. Él jugaba entonces a regar; a sembrar nuevas eras; a llenar el filtro; a poner fruta en la jaula de las *chiltotas*; a coger la toalla, el *guacal* de lata y el jabón *diolor* y meterse en la caseta de lámina sin techo, donde había un barril de hierro rebalsando de frescura; a sentarse en la *perezosa* de lona mugrienta, para leer con sus

anteojos rajados el diario tardío; a contemplar, puesto en jarras y la cabeza echada a la espalda, cómo pasaban las manchas de pericos bulliciosos, o a dormir en la hamaquita, con sueño aligero de cumplidor de deberes. Era un buen hombre y un hombre feliz.

* * *

Un día, acabada de nacer la manada de pollos, cuando no había aún llegado el primer tren, mientras se sacaba de la planta del pie una espina de *ishcanal* que le había atravesado la suela, sonó el timbre del teléfono. Renqueando se acercó al aparato y dio varias vueltas a aquella manivela, que zumbaba siempre como abeja de alarma que acongoja el corazón. Le hablaban de la estación terminal, y de orden del Gerente pasaría el lunes a otra estación.

Colgó el audífono con la lentitud y parsimonia de quien coloca una corona sobre una tumba. Todo aquel amor del paisaje y del hogar estaba destruido; destruido como por un huracán, como por un terremoto, como por un incendio, sin que pasara nada... Cuando el pito del tren sonó en la distancia, él lo confundió con un sollozo demasiado retenido, que se hace grito en las entrañas. Luego comprendió. Se enjugó los ojos con la manga negra; hizo, a su pesar, unos cuantos pucheros con su boca

sin dientes, y se preparó a recibir el convoy, la ciudad errante de los que no comprenden ni aprecian la paz y la soledad.



EL CONTAGIO

Después del aguacero de la noche, había clareado gris, mojado, encharcado, invernicio... Venía la mañana en ondas frescas, anegando la oscuridad. Todavía no daban sombra las cosas; las sombras eran diluyentes, borrosas como luz golpeada, como humedad de sal. Se venía el olor *jelado* del cielo, con algo de amoníaco y algo de ropa limpia. Silbaba, único, un pajarito invisible en un árbol frondoso: silbaba con dulzura de agüita plateada. Las hojas nadaban en los remansos de brisa, como pececitos oscuros. Iba clareando... Y el alma, como los matorrales, estaba empapada de felicidad.

En la casa de la finca, el patio cuadrado dormía aún. Por el *lodito* habían pasado los *chuchos*. Una teja salediza se había quedado contando gotas azules, sobre un charquito que, abajo, bailaba trompos *diagua*. Salía el

humo de la galera, como una parra celestial. Don Nayo, enrollada en la nuca una toalla barbona, venía por el corredor. Con el bastón abría un hoyito, y sembraba una tos; abría un hoyito, y sembraba una tos. Los *murciégalos* se iban *enchutando* en las rendijas oscuras del tabanco, como pedradas de noche.

A lo lejos, lejos, los gallos abrían puertas chillonas. El día se tambaleaba indeciso, bajo la nubazón sucia, como carpa de circo pobre.

Don Nayo llegó al portón. No podía enderezar la cabeza, porque su nuca estaba paralizada; lo cual le daba un vago aspecto de tortuga mareña. Miró al cielo de reajo; aspiró el olor de los limones; se puso el palo bajo el brazo y llamó aplaudiendo.

—¡Cande!...

La Cande gritó desde la cocina:

—¡Mandé!...

—Date priesa...

La Cande atravesó el patio dejando su *priesa* pintada en el suelo. Era *quinzona*, rubita, gordita, nalgona, *chapuda* y *sonreiba* constantemente. Daba la impresión de bañada, dentro del traje *pushco* y *jediondo*.

—¿Qué quiere, tata?...

El viejo le alcanzó la oreja al *tanteyo*.

—¡Babosa, no tei dicho que cuando vengás a trer lagua, cerrés bien la palanquera!

La campaneó *tantito* y, arreándola, con el palo enarbolado, la siguió hasta el platanar.

—¡No cierre, animala, espere que salgan las yeguas!: ¿no ve que están allá?...

Tres yeguas secas estaban olisqueando en la huerta. Sobre las eras de nardos se veían los hoyos de los cascós. Se fueron aculando despacio contra la cerca; y, cuando la Cande les cortó el paso, saliendo del breñal con un *chirrión* en alto, las tres bestias dieron un respingo nervioso y huyeron por la puerta hacia el potrero. A lo lejos, seguía oyéndose el galope con su *patacán, patacán, patacán*...

Había amanecido. El viento madrugero había ido cogiendo cada estrella con dos dedos, soplándolas como *mota de ángel*, hasta desaparecerlas. Por un descascarado de nubes, se miraba la *paré* del cielo, *ricién* untada de azul. Los volcanes bostezaban, en camisón de dormir. *Pringaba*.

—Traiga el canasto, Cande: vamos a pepenar los nances y los limones.

La Cande fue por el canasto. Bajo el limonero, el suelo doraba. Olía a mañana. Daba

lástima desarreglar el paisaje enfrutado. Don Nayo y la Cande fueron *pepenando*, uno a uno, los limones. Más abajo, al haz de un granado, estaba el nance. El suelo aparecía cundido. La ladera había llevado rodando los nances hasta *bien lejos*. Parecía como si a la planta se le hubiera roto el hilo de un inmenso collar.

—Tempapado el monte, tata.

—Cuidá de no empuecar el vestido...

—Afijese que anoche soñé el Contagio...

—¿Eh?...

—Era un endizuelo así, sapito, con buche y con una cosa feya aquí.

—¿Ónde?

—Aquí...

Seguían cayendo limones, que quedaban medio hundidos en el lodo negro. A orillas de la acequia se oía una fiesta de *sanates*. Bajo los charrales empezaron a rascar las gallinas, haciendo sonar las hojas marchitas. Los grillos se habían ido consumiendo en el claror.

—Mero horrible, el indizuelo; y me chunguiaba...

—¿Te qué?...

—Me guasiaba y me chunguiaba, en un cuento como cuarto oscuro... ¡Uy!... Es que comí chacalines...

—De juro que eso jue...

—Écheme una mano, tata.

Don Nayo le ayudó, como pudo, a ponerse el canasto en la cabeza. La Cande lo sostenía con ambas manos; las mechas le *caiban* por la cara; con un respingo se afirmó, equilibró el espinazo; sacó la puntita roja de la lengua y se alejó hacia la casa, con rítmico andar.

Don Nayo miraba alejarse a su hija. Pensó: “Es guapa, es güena, la chelona”; se sonrió, con sonrisa de arruga. Los gallos abrían a lo lejos fantásticas puertas; por ellas entró bruscamente un chorro de sol.

* * *

Don Nayo paró a su mujer en la mitad del dormitorio.

—Mirá, Lupe —le dijo—, andá con cuidado con la Cande: ya maliseya...

—¿Eh?...

—No me gustan tantito, sus caidas diojos, sus pandiadas al pararse. Mei fijado que deja a ratos de moler y se come las uñas; además, le

ondeya el pecho como a las palomas. Andá con cuidado, te digo...

—Dice bien, Nayo; yo también la he observado. Se chiqueya, sin querer; se mira nel espejo, cada vez quentra aquí; y, a ratos, da brincos de calofriyo. También no me gustan las cosas que me cuenta. Dice quel otro día, cuando Nicho la tentó jugando, sintió un burbujeyo extraño. Además se le van los ojos, coge juergo a cada rato, le pica la palmelamano.

—Pa que veyás. Andá con tiento, no se nos descantiye con algún malvado.

—Decile al Nicho que no liaga tanta fiesta.

—Se lo vua poner en conocimiento, a ese infeliz.

* * *

Zarceaba el viento en la *palazón* de los *conacastes*, como en una guitarra destemplada; el sol entraba ya en la *hindidura dialcancia* del horizonte. En el cielo, las nubes mostraban *choyones* desangrados. Las golondrinas inspeccionaban el velamen recién izado de la tarde; en el callar, la tierra daba bordazos de sombra.

Por el camino venía Don Nayo, lento y tosigoso. La Lupe lo esperaba en la *palanquera*.

—¿Qué lihubo, Nayó?...

—Los casaron. Los jui a dejar al terreno. Tan contentos.

—¿Le arvertiste a Nicho de lo que te dije?...

—Más valiera no me bieras dicho jota, mias azorrado con el yerno.

—¿Eh?... ¿Por qué?...

—Cuando lo llamé aparte y le recomendé que la tratara con primor, no fuera ser que se asustara, se echó a rir y me dijo: No siaflija por babosadas, esa yes cosa antigua; asigún colijo, la tengo ya empañada dende hace un mes.

—¡La Virgen del Martirio!

—Y parecía que no quebraba un plato...

—Güeno, después de todo, arrecuérdese, Nayó, de nosotros, cómo hicimos...

—Decís bien, es el Contagio...

La tarde se había perdido a lo lejos, dejando como estela un espumarajo de estrellas; sobre la arena del mundo, los árboles negros se movían como cangrejos.



EL ENTIERRO

Tumbreaba la tarde, cuando de las últimas casas salía el entierro de ño Justo. Todos iban *achorcholados* y *silencios*. Una nube corrediza había regado el camino, *perjumándolo*, esponjándolo, refrescándolo. Se mezclaba el olor del suelo, con el tufito de las candelas que llevaban las viejas. El rengo Higinio caminaba delante del cajón. A cada paso parecía que iba a arrodillarse; daba la impresión de llevar meciendo un incensario. Todos iban *achorcholados*; el arrastre de los *caites* cepillaba los credos, que salían como de un cántaro a medio llenar. “Chorchíngalo” llevaba el racimo de sombreros; cargaban Atanasio, Catino, don Juan y don Daví.

Cumbreaba la tarde, chispeando en lo *riciën* mojado. Los cerros barbudos se ahogaban en la sombra, sacando apenas las narices para respirar.

La brisa mecía las frondas, que asperjeaban el cajón como un hisopo. A lo lejos, lejos, lejos, allá por *las Honduras*, llovía ceniza caliente.

Atrás *jue* quedando el grito herido de la Tana; la casa *chele* de Juan Barona; los tapiales de adobe, cundidos de reseda; la pilita seca; la caseta de la ronda, con su cruz verde pegoteada de papeles de color. El camino empezaba a bajar por el *barrial*. Al fondo atravesaba, sobando los *talpetates*, el riito de Miadegüey. A los lados, en el explayado de arena, crecían berros. Pasó el *amatón* de la Fermina; el rancho de Lolo; subieron la cuesta del *Chichicastal*, y entraron de nuevo en tierra llana. A lo lejos, cabezonas, se miraban las ceibas del *pantión*, ya borrosas en el callar. Felipe aventuró:

—¿Juiste anoche al velorio, oyó?...

—Sí jui...

—Yo no jui, pero vengo al entierro del juneral.

Caminaban cada vez más a prisa, por la noche que se desmoronaba poco a poco sobre el campo. Pararon para cambiar los *cargantes*, porque ya pujaban mucho. Los dos alambres del telégrafo iban siguiéndolos de poste en poste; se detenían, curiosos, en los aisladores, mirándoles con los ojos verdes; a veces, se enmontaban por las barrancas, e iban a

salirles adelante. Parecía como si quisieran pasar al otro lado del camino y el entierro se lo impidiera, llegando siempre en aquel momento preciso. Cada vez se oía más el golpe de los tacones sobre la panza del camino. Las llamitas de las candelas se habían volado, haciéndose estrellas. Poco a poco oscurecía; no se vio ya sino el brocal pasmado del cielo. Sólo se oía el cepillar de los *caites*; el golpetear de los tacones; el rechinar del cajón; el pujar de los *cargantes*, y aquel credo que seguía el entierro como una cola de moscarrones. De cuando en cuando se *trompezaba* alguien, y se oía un brusco: “piedra hijesesenta mill!...”. También se oía una que otra escupida, con su húmedo ¡jaashup!..., o la tos cascada de alguna vieja.

Ya no se *veiya*. Por ratos, en los claros, se pintaban las curvas *prietas* de los alambres, que no habían aún logrado pasar.

Ya cuando era imposible ver, don Daví encendió el farol. Iba, con el trapo de luz por el pelado camino. Sus calzones blancos se miraban moverse en la lumbre, como ánimas en pena. De cuando en vez saltaba una piedra, enmedio de la luz, con el hocico abierto y amenazador. En un *descruce*, relampaguearon los ojos de brasa de un *chucho*, que se aculaba aterrorizado. Como diablos negros iban bailando los troncos, detrás del cerco. Por fin llegaron a las tapias del *pantión*. Otro farol esperaba en la puerta.

—¿Qué jue que les cogió la noche, hombré?

—Cabsa la Tana...

—¡A la gran babosa! Ya mero nos íbamos: hemos oido ruidos en los mucsoleyos.

—¿Eeee?...

Entraron. A la luz ladrante de los faroles, las tumbas tendían sábanas repentinas, algunas de ellas desgarradas o sucias.

Bajo el pino grande, estaba el hoyo de ño Justo. Lo *jueron* bajando con lazos. El cajón crujía, lastimero. Los faroles, bajeros, alumbraban un mundo de pies curiosos, al borde del hoyo. Topó. Sacaron los lazos a *choyones*. Después, la pala implacable empezó a tirar tierra. *Cáiba* la tierra negra, con sordo aporreo. La pala chasqueaba la lengua, al coger; y el hoyo oblongo eructaba al recibir. Los pies se habían ido saliendo de la luz, como cusucos asustados.

De dos en dos, de tres en tres, de cuatro en cuatro, las gentes habían ido regresando. Regresaban animadas. Alguno cantaba. Los deudos gimoteaban al haz del hoyo, ya casi colmado. Las dos enormes ceibas se lazaban en la oscuridad, como un solo coágulo de noche. Las estrellas, encorraladas ya, rumiaban orito.



HASTA EL CACHO

Los nubarrones ensuciaban las tres de la tarde, como dedazos de lápiz. A lo lejos, en las aradas que iban bajando de los cerros pelones, se miraban las tierras como pintadas con yeso. En aquel paisaje, dibujado sobre pizarra de escuela, la montaña era como una resquebradura. Venía lloviendo por todos lados. El viento balanceaba su regadera sobre aquellos plantíos de tristeza. El polvo, despertado bruscamente, se desperezaba y se echaba a volar, como un fantasma. En la lejana azulidad de la costa, la tormenta iba empujando sus cortinas.

Pedrón y su hijo, dejando el arado y la yunta a merced de la lluvia, alcanzaron a llegar bajo un *amate*. Las primeras gotas palmeaban la tierra, precipitadamente y a tientas, como un ciego que ha perdido algo en el suelo. El terrón desflorado

sonaba como un cuero, y olía como flor de tierra. Las hojas se enmantecaron *de ya*, agobiadas con el raudal cristalino. Los truenos pasaban, rodando como *piedrencas* en la barranca de la quebrada. De cuando en cuando el rayo encendía, de un fosforazo, su puro escandaloso.

—¡Qué aguacero, hijó!...

¡Mire... tata, cómo sihacen los cocos... allá!...

Pedrón se pegó más al tronco del *amate*; con su brazo amplio protegía al *cipote*; una que otra gota, llena de colores, venía meciéndose de hoja en hoja, hasta caer en el oro viejo del sombrero. Las ramas, bajas y anchas, dibujábanse en seco, sobre el terreno. Había en aquel refugio una suavidad hogareña.

—Cuando vos naciste taba lloviendo tieso...

—¿Eeee?...

—Meramente como hoy... Tu nana tenía friyo; jue como a las diez de la noche.

—¡Pobrecita mi nana!...

—Sí pue, pobrecita...

Había ido decayendo la lluvia; aflojando, languideciendo, agonizando. Una brisa de tarde

dorada sacudía el agua de los matorrales. A lo lejos, los eucaliptos negros y secos se adentraban en el cielo gris, como rayos negativos. Como espuma *lambía* la neblina las lomas olvidadas. Rojos de barro, iban los regueritos buscando su salida por los surcos. Los bueyes, pintados allí por la frescura, rumiaban recordando... Al haz de la piedra de la tormenta, nacía el crepúsculo como una *florcita*. Un sol *mieludo* untaba los cerros, que se agachaban desnudos y en grupo.

—Amonós, vos; ya se calmó.

—Mempapé el lomo...

—Ojalá no te vaya a repetir el paludís.

—Primero Dios...

Cruzaron el campo raso, hundiendo en el barro pegajoso los pies oscuros. En aquel golfo de tierra negra, eran como dos *agüegüechos* heridos.

* * *

El *shashaco* Tadeyo llegó *aprieta onde* Pedrón.

—Pedrón —le dijo—: Don Juan José tiene mercé de verte: sestá muriendo y te quiere hablar.

—¡Eeee?...

—Andá, hombré, el deseyo de los murientes hay que cumplirlo. Ya casi no pispileya, y sólo a vos te aguarda.

— ¡Achís!... ¿Y qué me querrá el maishtro?

—¡Antojos!...

—¿No mestás tirando, hombré?...

—¡Agüén!... ¡Por estas!...

Fueron *apriosa* por el caminito. La noche era oscura y los pies iban al *tanteyo* por el pedregal. En una vuelta, apareció la puerta en luz de la casa de don Juan José, el maestro albañil. Entraron, agachándose.

Desde allí se *alvertía* el ronquido del moribundo. Los familiares rodeaban la cama. Pedrón se acercó, con el sombrero en la mano. Se paró agarrado de la cabecera. Miró, tímido, los ojos pelados del enfermo.

—Si le puedo ser de servicio...

—Que me dejen solo con Pedro... —pidió, con temblorosa voz, el viejo—. Arrimáte, hermano; óime tantito, antes de dirme...

Salieron todos. Pedrón se sentó, jalando un taburete. El viejo empezó a llorar sobre su estertor.

—¡Perdonáme, hermano!...

—¡Agüén!... ¿Y yo de qué?... No siazareye, que liace daño.

—Tengo un pecado feyo, que no quiero dirme sin confesar...

—Si quiere, le llamo al padre.

—No. Es con vos, Pedro; porque a vos te se jue hecha la ofensa.

—¡A yo?...

—La Chica se metió conmigo. Nos véyamos descondidas tuyas. El Crispín es mijo...

Fue tan rudo el golpe asestado en el pecho de Pedrón, que éste no se movió; abrió un poco la boca. Sentía que una espada *diaire* le había pasado de *óido a óido*, al tiempo que un *tenamaste* le *caiba* en el estómago. Se puso *cherche, cherche*. El enfermo clavó sus lágrimas en aquel rumbo, y pidió perdón. No obtuvo respuesta; sólo un silencio puntudo, que le dio un frío violento. El pecado, rodando de la garganta al pecho, atravesó sus dos puntas, haciendo sentarse de golpe al *maishtro*. Dio un gruñido; buscó a tientas el borde de la vida, y cayó en brazos de sus familiares que llegaron corriendo.

Pedrón aún estaba mudo, apoyado en la vista como en un bordón. De la gran *escurana* llegaban a su corazón aquellas palabras de alambre espigado: “El Crispín es mijo...”. Sobre la cama descansaba ya muerto el *morigundo*. Le habían cerrado los ojos con los dedos, y la boca con un pañuelo azul. Alrededor de la cama empezaron las mujeres a verter rezos y lágrimas. Con ojos como botones, los hombres le miraban la boca traslapada. *Naide* supo exactamente lo que allí pasó: un gritar destemplado, un empujar, un “¡Jesús, Jesús!”, un crujir de cama, un puñal de cruz *ensartado* hasta el *cacho* en el corazón del muerto. El muerto *bía sido* asesinado. Dijeron que Pedrón se había *trasjuiciado*. El Comisionado no lo arrestó: en primer lugar, *porque el muerto yastaba dijunto* cuando el asesinato; y en segundo, porque el autor del sacrilegio *taba loco*.

Para no desangrar el *cadábere* del finado, no le quisieron sacar el cuchillo; se fue al sepulcro como tapón de odio; ensamblado hasta el *cacho*, como *crucita* de maldición. Tierra *prieta* le cubrió amorosa; sobre el suelo se enterró la cruz grandota, la cruz de bendición, con su “Descanse en Paz”.

* * *

El Crispín, el hijo del muerto y de la muerta, andaba *echado e la casa* hacía tres días. Su

propio llorar lo había llevado al borde de la quebrada: allí silencioso, allí sombrío; allí, donde lloraba el suelo. Sentado en el hojerío, debajo de los *charrales*, se quería morir *diambre*. Sentía que se ahogaba, en un dolor amoroso que le llegaba a la coronilla. Su amado *papa* lo *bía* sacado *diarrastradas*, aquella tarde maldita; lo *bía* ido empujando *parajuera*: “¡Váyase, desgraciado, váyase; usted nues mijo, váyase; no güelva, babosada, no seya que se me vaya la mano!”. Por dos veces, su *papa* le *bía encumbrado el corvo*. Allí se estuvo llorando, sin comer, sin dormir... Tenía hinchados los ojos, la boca pasmada, la mente vacía.

Aquella atardecida, cuando ya las sombras estaban maduras y se desprendían; cuando los toros pasaban empujando un alarido, y las estrellas se *despenicaban* como florecillas sobre el patio del cielo, Pedrón surgió de la breña y cayó sobre su hijo, como un jaguar hambriento de amor. Le corría el llanto por la cara y por la camisa. Se hundió al hijo en el pecho, sofocando sus sollozos.

—¡Mijo, mi lindo! Perdonáme, cosita; taba como loco!...

Le sobaba la crencha lacia, ebrio de compasión.

—¡No cuede ser, Crispito e mialma; no cuede ser, no cuedo vivir sin vos!... ¡Estos diyas negros mián quitado la vida! He sentido que tenía trabado al corazón, el puñal que le dejé al dijunto; yo mesmo me bía hecho el maldiojo. Al fin juimos con Tadeyo, y se lo quitamos; hora te siento mijo otra güelta...

Despegándose del pecho de Pedrón, con un dolor que retorció su cara como un trapo, para estrujar las últimas gotas; el niño le miró fijo y, tras un esfuerzo inmenso, logró gotear:

—¡Pa... pa!...



LA PETACA

Era pálida como la hoja-mariposa; bonita y triste como la virgen de *palo* que hace con las manos el *bendito*; sus ojos eran como dos grandes lágrimas congeladas; su boca, como no se había hecho para el beso, no tenía labios, era una boca para llorar; sobre los hombros cargaba una joroba que terminaba en punta. La llamaban la *peche* María.

En el rancho eran cuatro: Tules, el *tata*; la Chón su *mama*, y el robusto hermano Lencho. Siempre María estaba un grado abajo de los suyos. Cuando todos estaban serios, ella estaba llorando; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos reían, ella sonreía; no ríe nunca. Servía para buscar huevos, para lavar trastes, para hacer *rir*...

—¡Quitá diay, si no querés que te raje la petaca!

—¡Peche, vos quizás sos lhija el cerro!

Tules decía:

—Esta indizuela no es feya: en veces mentran ganas de volarle la petaca, diun corvazo!

Ella lo miraba y pasaba de uno a otro rincón, doblada de lado la cabecita, meciendo su cuerpecito endeble, como si se arrastrara. Se arrimaba al baúl, y con un dedito se estaba allí sobando manchitas, o sentada en la *cuca*, se estaba *ispiando* por un hoyo de la *paré* a los que pasaban por el camino.

Tenían en el rancho un espejito *ñublado* del tamaño de un *colón* y ella no se pudo ver nunca la joroba, pero sentía que algo le pesaba en las espaldas, un *cuentereite* que le hacía poner cabeza de tortuga y que le encaramaba los brazos: la *petaca*.

* * *

Tules la llevó un día *onde el sobador*.

—Lei traído para ver si usté le quita la puya. Pueda ser que una sobada...

—Hay que hacer perimentos defíciles, vos, pero si me la dejás unos ocho días, te la sano todo lo posible.

Tules le dijo que se quedara.

Ella se jaló de las mangas del *tata*; no se quería quedar en la casa del sobador y es que era la primera vez que salía lejos, y que estaba con un extraño.

—¡Papa, paíto, ayéverme, no me deje!

—Ai tate, te digo; vua venir por vos el lunes.

El sobador la amarró con sus manos huesudas.

—¡Andáte ligero, te la vua tener!

El *tata* se fue a la carrera.

El sobador se estuvo acorralándola por los rincones, para que no se saliera.

Llegaba la noche y cantaban gallos desconocidos. Moqueó toda la noche. El sobador *vido quéra chula*.

—Yo se la sobo; ¡ajjú! —pensaba, y se *reiba* en silencio.

Serían las doce, cuando el sobador se le arrimó y le dijo que se desnudara, que *liba* a

dar la primera sobada. Ella no quiso y lloró más duro. Entonces el indio la *trincó* a la *juerza*, tapándole la boca con la mano y la dobló sobre la cama.

—¡Papa, papital!...

Contestaban las ruedas de las carreras noctámbulas, en los baches del lejano camino.

* * *

El lunes llegó Tules. La María se le presentó gimiendo... El sobador no estaba.

—¿Tizo la peración, vos?

—Sí, papa...

—¿Te dolió, vos?

—Sí, papa...

—Pero yo no veo que se te rebaje...

—Dice que se me vir bajando poco a poco...

Cuando el sobador llegó, Tules le preguntó cómo iba la cosa.

—Pues, va bien —le dijo—, sólo quiay que esperarse unos meses. Tiene quírsele bajando poco a poco.

El sobador, viendo que Tules se la llevaba, le dijo que por qué no la dejaba otro tiempito, para más *seguridá*; pero Tules no quiso, porque la *peche* le hacía falta en el rancho.

Mientras el *papa* esperaba en la tranquera del camino, el sobador le dio la última sobada a la niña.

Seis meses después, una cosa rara se fue manifestando en la *peche* María.

La joroba se le estaba bajando a la barriga. Le fue creciendo día a día de un modo escandaloso, pero parecía como si la de la espalda no bajara gran cosa.

—¡Hombré! —dijo un día Tules—, esta babosa tá embarazada!

—¡Gran poder de Dios! —dijo la *nana*.

—¿Cómo jue la peración que tizo el sobador.

Ella explicó gráficamente.

—¡Aijuesesentamil! —rugió Tules— ¡Mianimo ir a volarle la cabeza!

Pero pasaba el tiempo de ley, y la *peche* no se desocupaba.

La partera, que había llegado para el caso, *uservó* que la niña se ponía más amarilla, *tan*

amariya, que se taba poniendo verde. Entonces diagnosticó de nuevo.

—Esta lo que tiene es fiebre pútrida, manchada con aigre de corredor.

—¿Eee?...

—Mesmamente; hay que darle una güena fregada, con tusas empapadas en aceiteloroco, y untadas con kakevaca.

Así lo hicieron. Todo un día pasó apagándose; gemía. Tenían que estarla *voltiando* de un lado a otro. No podía estar boca arriba, por la *petaca*; ni boca abajo, por la barriga.

En la noche se murió.

Amaneció tendida de lado, en la cama que habían jalado al centro del rancho. Estaba entre cuatro candelas. Las comadres decían:

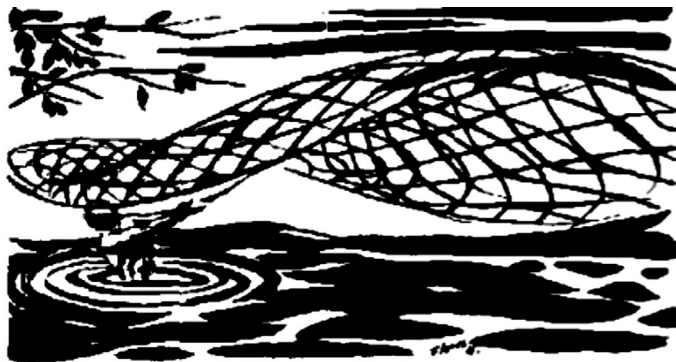
—Pobre; tan güena quera; ni se sentía la indizuela, de mansita!

—¡Una santa! Si hasta, mirá, es meramente una cruz!

Más que cruz, hacía una equis, con la línea de su cuerpo y la de las *petacas*.

Le pusieron una coronita de *siemprevivas*. Estaba como en un sueño profundo; y es que

ella siempre estuvo un grado abajo de los suyos: cuando todos estaban riendo, ella sonreía; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos estaban serios, ella lloraba; y ahora, que ellos estaban llorando, ella no tuvo más remedio que estar muerta.



LA ZIGUANABA

Pedro estaba metido dos veces en la noche; una, porque era noctámbulo, y otra, porque era pescador. La noche *prieta* se había hundido en la *poza*, y Pedro, metido en el agua hasta la cintura, *arrojaba* la atarraya. Cuando la malla *caiba*, los plomos *chiflaban* al hundirse. Una luz de *escurana*, luz acerosa y helada, fingía *pescados*. Hacía frío. Pedro iba recogiendo, recogiendo. Algún *chiribisco* aparecía primero, negrito y *puyudo*. Pedro se estaba desenredándolo. Su paciencia rimaba con *el callar*. Las hojas, trabadas, mentían *pepescas*. Cerca de los plomos venía la plata vivita y coleando. Un *pocuyo* enhebraba su “¡caballero, caballero!” detrás de la *palazón* tupida de los *huiscoyoles*.

Pedro llamó al ayudante. Era el *cipote* de Natividadá.

—¡Oyó... treme la bolsa!

El *cipote* se metió al río; y, empujando el agua con las rodillas, llegó hasta el pescador y le alargó la *matata*.

—¿Cayen, O?

—¡Sí, O! *chimbolos* y *juilines*, nomás.

—¡Ya quizá va maneciendo, O!...

Pedro metió la mano llena de luz en la *cebadera*, mientras miraba las estrellas, con la boca abierta.

—Ya mero son las cuatro, vos.

—¡Ta haciendo friyo, O!...

—Es que está golpiada lagua...

—¡Sentí que me soplaban la nuca!...

—¿Eee?...

—¡Horita!...

—¡Yastás vos con miedo!...

—Me da miedo la Zigua...

—¡Qué cobija sos, oyó! ¿Quién siasusta por babosadas?

El *cipote* temblaba, un poco de frío, un poco de miedo.

—Monós, oyó; miacaban de soplar otra vuelta. ¡Monós, te digo!

Se puso a gemir. Pedro desenredó, con el último pescado, un poco de alarma.

—¡No sias cobija, vos; ya no te güelvo a trer...

En aquella noche casi oscura, constelada arriba cobardemente, constelada abajo por las escamas de los peces y por el silencioso telar de luz de las luciérnagas, un ruido extraño, estridente como la carcajada de una vieja, puso toques eléctricos de pavor en los nervios de los pescadores. Después, todo quedó mudo. El *cipote* se había agarrado, temblando, de los brazos de Pedro.

—¡Agüén, qué fueso?... ¡Amonós, vos!

El muchacho lloraba. Pedro se echó la atarraya al hombro; cogió el sombrero que había dejado en la arena, y llevando casi a rastras al *cipote*, emprendió carrera, vereda arriba. Al llegar al camino de los llanos, un bostezo azul del día los paró. Clareaba.

—¡Achís, O, ya maneció!...

El miedo se había deshecho, dulzoso, como un terrón de azúcar en un *guacal* de agua fresca. Suspiraron.

—Y vos cres en la Zigua, O?

—Yo no, ¿y vos?

—¡Yo no creyo! Si querés, vamos a ver que jue eso.

—Andá vos, aquí tespero.

El *cipote* se sentó en una piedra y se puso a *chiflarle* un *son* al *manecer*. Pedro bajó valientemente al río. Aún quedaban tasajos de noche en los barrancos. Caminó río abajo. Sobre unos peñascos, descubrió un *chilamate* que tenía una rama desgajada. Era una rama gruesa. El blanco corazón del *palo*, había quedado al descubierto y vomitaba hormigas.

Cuando el muchacho le vio llegar, sonriente, le preguntó:

—¿Qué jue, O?

—¡Es un palo que sia reido, O!...



VIRGEN DE LUDRES

En el suave momento en que la tarde se *bía* puesto a *sonrir*, la virgen blanca que estaba en un hueco de la peña, se puso *amariya*, *amariya* de una *luzazón* dorada, que *caiba* del cielo, sin que se viera de qué sol. *Pringaba*. Las hojas de los *quequeishques* *taban* llorando, tal vez de *friyo*, tal vez de tristes, por el temporal que no amenguaba. El farolito colorado *quiantes* no se *veiya*, *siba* haciendo flor en la *escurana*: flor *tinta* como la *jila*, como la *pascua*, como la *flor de fuego*.

La Candelaria *siarrimó* a la baranda de la gruta. Se *bía* tapado la cabeza con el chal desteñado; tenía apretado entre las manos el *pañal* que le servía de pañuelo; como en los *quequeishques*, por su cara barriosa se deslizaban lágrimas. *Ispió*, tímida, *pa* todos lados; se hincó.

Naide pasaba... Miró para arriba, hasta la virgen, mientras mordía la punta del chal.

—Virgen de Ludres —murmuró— hacéme la mercé que te pido; vos bien tas al tanto e la pobreza diuno; ha caido el otro con un dolor, el mesmo del muerto; alentalo, madre, por el amor de Dios.

Se creyó obligada a permanecer de rodillas todavía un gran rato. Seguía *pringando*. Ya la luz dorada, aquella luz de lejana *quemazón*, se *bía* extinguido. La virgen blanca, que tenía las manos juntas, *bía* quedado en el hoyo oscuro, como una luna enferma. El farol de vidrio echaba sangre sobre las peñas.

La Candelaria se *persinó* despacito; dulce y humilde, se alejó, pegadita al cerco, por el camino oscuro. Ya no lloraba y apresuraba cada vez más el paso, para llegar al pueblo. Sombras con zapatos pasaban presurosas a su lado, haciéndola estremecerse de temor por un *desmando* de los hombres. A la entrada del pueblo, frente a la puerta en luz de la primera casa, se detuvo.

—Noches le dé Dios, ña Tona...

—Noches te dé Dios, Cande.
¡Avemariapurísima, hastoy venís?

—Sí pue; es que se me ojreció pasar a la gruta, pa pedirle a la virgen, porque ¡emáginese que se mestán muriendo los cuchitos!...



SERRÍN DE CEDRO

Aquella *julunera* de montaña, como la montaña *denantes*: tupida, oscura, llena de lianas y casi sin *monte*, parecía un gran caserón con pilares: la iglesia de la sombra. La montaña era como cosa *de en los sueños*: una gran *callazón*, y ruidos que *caiban* por ratos; como el chillido de los micos, la risa de los *characuacos*, el traquido de alguna rama mal aceitada, o la jerigonza de las loras. Se vivía como en un *bajodiagua*, donde sobrenadarán pájaros. En aquel silencio que oprimía el corazón, casi se nadaba. De cuando en cuando se *oiba* el ¡pum!... de alguna fruta, que sonaba como *almágana* en la tierra *prieta* y húmeda del suelo. El sol, doradito, se *despenicaba* por todos lados, como *jlor de guachipilín*. Los *chejes* llamaban a puertas y ventanas de casitas que nadie abría nunca: “tak, tak”...

En un *descampado* estaba la casa de Macario, el aserrador. Era una mediagua de teja, sin paredes, solita y *aflegida* en el corazón del Chunqueque.

En aquel *tuco* de cielo el sol metía un hombro. El platanar se apoyaba desnudo al haz del tejado; sus carnes eran carnes tiernas de niño, comparadas con las roñosas y aceradas musculaturas de los *voladores*, los cedros, los *conacastes* y los *zorras* que lo rodeaban.

Detrás de la casa de Macario estaba el foso del aserradero, colorado de serrín seco y oloroso. Sobre dos gruesas vigas colocaban las trozas *dijuntas* para *tabliarlas* con la sierra roncadora: “¡Jrum... Jrum... Jrum...!”. En cada aliento se llevaba una cuarta. Como polvo de ladrillo el serrín volaba, manchando de rojo la tierra oscura. Macario y el *compa* Cirilo sudaban *tieso*. Desnudos hasta el *umblico*, se abrían y se cerraban, bregando por rajar de largo los enormes troncos. Macario, que estaba en el hoyo siempre, por más joven y más fuerte, aguantaba *la calor* del *juraco* y la polvazón de la madera. Con carreta llevaban a Lempa la tabla en verano, cuando el fangal *mermaba tantito*; y todo el *ivierno* lo pasaban encerrados en la montaña, cortando a ronquidos la troza enorme del silencio.

* * *

Pero, un día, Macario no regresó del Lempa. Vendió su carga y se *jue*, dejando en la montaña a la Tina y al *cipote*, al *compa* y a su hermana. Se *jue* con la Cholita, una *brusquita* de trece años. Llevaba *pisto en puerca* y la llevó *al Salvador*, onde decían *quera* alegre con ganas y *galán* de vivir.

Allí se lio a puñaladas con un chofer; y fue a parar a la *península*, con tres años encima.

* * *

En el *tranquil* de la celda, en el *friyo* de la madrugada, soñaba a veces con su casa en la montaña; *oiba* clarito el “¡Jrum... Jrum... Jrum!” de la sierra; el grito de las loras; el crujido de las ramas y el “tak, tak” de los *chejes* llamando a la puerta de una casita, cerradita y llena de amor como su corazón arrepentido. Sentía *mesmamente* el olor del *aserrín* de cedro: un olor que le hacía llorar por la Tina y el *cipote*.

Cuando despertaba y se *veiya* en la *escurana* de la cárcel, continuaba llorando y se arrodillaba para pedir al Señor su libertad. Dos años le faltaban, ¡dos años!... Cada vez que pasaba por la carpintería del plantel, se robaba una puñada de serrín de cedro: y por la noche se estaba en su celda oliendo, oliendo...

Se *jue* apagando como candil reseco. La *melarchía* lo postró muy pronto. Se quejaba, se quejaba y no podía dormir. El enfermero le puso *morgina*; y él soñó *clarito, clarito*, que llegaba a su casa y que Cirilo y su mujer cortaban con la sierra un tronco *prieto, quera* él mismo. No le dolía, sólo *lihacía* cosquillas. De su cuerpo *caiba* un *aserrín* colorado, colorado, más que el del cedro; y vio que la Tina *pepenaba una puñada* y lo olía y decía: “Jiede... nues palo duro, no aguanta, jiede... Güeliera, si juera de palo valiente. Tiene shashaco el corazón!”...

Y Macario amaneció *dijunto*.



EL VIENTO

La *palazón* se bañaba, alegre y desnuda, en el viento. El sol era *mareño*, en la mañana azul. La basura iba y venía, arrastrada por la mecida del aire. Hojas que rodaban como caracoles, polvo como espuma sucia en aquella marea.

Los charcos, en medio del camino *barrioso* y barrido, se secaban dejando prieta la tierra, y blandita como para meter el pie. Un *ruidal* de ramadas llenaba la costa entera, *dende* aquí *quera* verdeante, hasta allá *lejoslejos quera azul*.

También las yeguas sintieron *dentrar* el viento en su alegrón y se echaron a correr por el llano. A la par de las yeguas de viento, iban las yeguas de sangre, atropellándose unas con otras, soplando las narices valientes, la crin

al cielo y el casco al suelo: ¡patacán, patacán, patacán! Dejaban *jumazón* en la *fueya*, como si quemaran su *libertá*. Paraban su *desboco*, cuando ya no sentían el suelo, por miedo al vuelo desconocido. El heroísmo es un exceso de vida que puede a veces producir la muerte.

A ratos, el *norte* ponía mujeres de polvo, bailando vertiginosas por las veredas; bailando en puntas y cogiendo al paso mantos de nube, para enrollarse girámbulas.

Venía el *chuchito* perdido, arrastrando una larga *pita* por el camino. Era negro, lagartijo, encogido y despavorido. Echaba las orejas hacia atrás, la cola entre las patas; un vivo amarillo de espanto le rodeaba los ojos polvosos. En aquella anchísima soledad, ensordecida por el viento, era como un dolor extraviado. La fuerza del oleaje le hacía tambalearse. Se paraba y ponía vanos empeños por amarrar el cabo del olfato. Volvía tímido la cabeza, para mirar cuán solo estaba. Entonces su grito lastimero hacía un rasguño en el viento. Volvía atrás con igual premura, mirando al andar hacia el cielo, como si nadara. La pita suelta lo seguía dócil, marcando un surco en el polvo por un instante. Era como un amor náufrago. Buscaba al amo, perdido en el ventarrón. A lo lejos, como un punto negro en la explanada, iba nadando

hacia lo incierto. Aquella cosa tan mísera, bajo el furor del cielo, era un dolor grandioso.

* * *

Entre madejas de polvo y cáscaras doradas, apoyado al *tanteo* en el palo y al *tanteo* la mano en el cielo, el viejo ciego topó a una alambrada y llamó ya sin esperanza:

—¡Mirto, Mirto!...



LA ESTRELLEMAR

Genaro Prieto y Luciano Garciya estaban sentados en un troncón triste, *cadáver* de árbol, medio aterrado en la playa, blanco en lo gris de la arena, y con ramas que eran brazos como de hombres que se meten camisas. Empezaba el sol del estero a dorar las puntas de los manglares. Era *parada diagua*; por eso, en golfo de azul tranquilo, el estero *taba* como dormido, rodeado de negros manglares, en cuyas cumbres el sol ponía a secar sus trapos *dioro*.

Laisla, en medio, *bía fondiado* con sus peñascasles *ñevados* de palomas *mareñas*; y era *mesmamente* la cabeza de un gigante bañándose y quitándose el jabón. Empujando, ya sin *juerzas*, *la inmensidá*, pasó una garza: blanca, blanca, como luna bajera; triste, triste, como *ricuerdo*, y *silencia* como nube. El viento

se sienta y se despereza desnudo; y el agua da un *tastazo* en la orilla, llegando, como quien escribe, a mojar el pie achatado de Genaro. Al mismo tiempo una malla de plata ondea, luminosa y veloz, sobre la linfa del estero.

—¡Mire que flus de chimbera, mano!...

—Ya la vide, vos, sies la mera cosecha.

Volvió a relampaguear la plata de aquella mancha de *chimberas*, poniendo en el agua teclados de luz.

—¡Qué cachimbazo, mano! Vaya a trese la tarraya.

Luciano se puso en pie, obediente; dejó, de un golpe, clavado, el machete en una rama y se alejó, pintando arena, hacia el manglar. En un *descampado* estaba el rancho de palma. De una ramada de *varas de tarro*, extendida sobre el cielo como una telaraña, pendía, *oriándose*, la *tarraya*, con su *chimbolero* de plomos cayendo a modo de rosario.

* * *

Con el agua hasta el *encaje*, Genaro, abiertos los brazos y mordida *lorla* del vuelo, iba al *vadeyo*, al *vadeyo*, presto el ojo y el oído atento. Luciano le seguía de cerca, con la *cebadera de pitematate*.

—Sian juido estas babosas. Ya mey rendido de la brazada, con esta plomazón.

—Démela, mano; cambeye, a ver si yo tengo mejor dicha.

—¡Apartate, baboso, apartate!

En el propio instante en que el sol asomaba su *fogazón* sobre el manglar de *laisla*, la culebra de brillo de la *chimbera* cruzó entre dos aguas, curveante y repentina. La malla, veloz, se abrió en el aire a modo de flor volante y traslúcida, graciosa y trágica, voraz y anfibia y, haciendo *chiflar* los plomos, se hundió en la linfa con la seguridad del felino que cae sobre la presa. Todo quedó en suspenso. Había ojos en cada onda esperando, esperando, mientras se recogía la *tarraya*. En la punta venía la colmena de espejuelos de la *chimbera*. Era como un sol de plata, brillando al sol de oro: bolsa de azogue, corazón de estero. Las *chimberas caiban* en la *matata*, como gotas de acero derretido, chisporroteantes y enredadizas.

De pronto, Genaro se quedó en suspenso. Entre las últimas *chimberas* venía una estrellemar de seis puntas. La cogió con los dedos y le empezó a dar vueltas.

—¡Una estreyemar de seis puntas, baboso: ya jodí!...

—¿Por qué, vos?

—No tiagás el bruto: ¿no sabés ques un ambuleto? ¿Quel que lo carga no lentra el corvo?

—¡Agüén, entonces lo vamos a partir mitá y mitá, mano!

—¡No seya pendejo, mano!, ¿no ve que yo luei incontrado? Si lo partimos, ya nues de seis puntas ¿entiende?

—Entoces, juguémola; a los dos nos toca en suerte, dende el momento en que los dos nos hemos metido a pescar juntos.

—¡Coma güevo! Y déjese de babosadas, si no quiere pasar a más...

Discutiendo habían llegado a la playa. Genaro Prieto se había guardado la estrella en la bolsa del pantalón. Luciano Garciya, con voz más calmada, insistía en que ambos tenían iguales derechos sobre el hallazgo.

—Aquí tengo el chivo, Genaro, juguémola...

—¡No me terqueye!

—Juguémola.

—¡No la juego, y quiay?

Luciano Garciya, en un momento de ceguera, se arrojó sobre el corvo, que había dejado clavado en la rama haciendo cruz. Genaro echó mano al *cuchiyo* que llevaba en el cinto, mas no tuvo tiempo de desnudarlo: el *corvo* del amigo le había cortado de un golpe la vida.

El matador estuvo allí, fijo, mientras duró la transición de la cólera al temor. Luego se echó sobre el cuerpo ensangrentado y, cogiendo el *ambuleto*, huyó entre los manglares.

En el *tranquil* de la mañana una garza pasó, empujando, ya sin *juerzas*, la *inmensidá*.



LA BRASA

En la cumbre más cumbre del volcán, allá donde la tierra deja de subir buscando a Dios; allá donde las nubes se detienen a descansar, Pablo Melara había parado su rancho de carbonero. Medio rancho, medio cueva, en una falla del acantilado aquel nido humano se agazapaba. De la puerta para afuera, empezaban las laderas a descolgarse, terribles, precipitadas; en deslizones bruscos, abismándose, rodando, agarrándose *aflegidas*. Los pinos, enormes, eran nubes oscuras entre las nubes; humazos negros entre la niebla. Mecían al viento, lentamente, sus enormes cabezas, como si oyeran una música dulce, salida de lo gris y de lo frío. Las ramas *chiflaban* tristemente, llevando en ritmos nasales una melodía de inmensidad. Era la cumbre una isla en el cielo, y el cielo, un mar de viento. En las noches tranquilas, como por alta mar, pasaba

silenciosa la barca de la luna nueva. A veces el horizonte fosforecía.

El carbonero iba apilando los leños, en *pantes* enormes. De cruz en cruz, formaba una torre; como un faro que, en las noches largas, llenas de ausencia, ardía, ardía rojo y palpitante, señalando el rumbo a los barcos de silencio con sus grandes velámenes de sombra.

Solo y negro en la altura, el carbonero iba viviendo como en un sueño. Tenía un perro mudo y una gran tristeza. Acurrucado y friolento, encendido siempre el *puro* y el corazón, se estaba allí mirando el abismo, sin remedio.

Como a los *pantes* de leña oscura, la brasa del corazón le iba devorando las entrañas; y aquel resplandor de misterio se le iba subiendo a la *conciencia*.

Una noche, aflegido, lio sus trapos y se marchó pa nunca...

* * *

—¡Puerca, mano, mei juido dialtiro e la cumbre! Miatracaba un pensar y un pensar...



EL PADRE

La iglesia del pueblo era pesada, musgosa y muda como una tumba. Detrás estaba el convento, encerrado entre tapias, con su gran arboleda sombría; con su corredor de ladrillo colorado; de tejado bajero, sostenido por un pilar, otro pilar, otro pilar...; pilares sin esquinas, embasados en piedra tallada y pintados de un antiguo color.

El patio era de un barro blanco y barrido, propicio a las hojas secas. Las sombras y las luces de las hojas ponían *agüita* en el suelo; en aquel suelo pelón lleno de paz, por el cual pasaban, gritonas, las *gallinas guineas*.

Largo era el corredor: la mesa, el *kinké*, una silla, un sofá, un barril, una destiladera, un viejo camarín, unos postes durmiendo; otra silla, la hamaca, el cuadro bíblico; un cajón;

un *burro* con una *montura*; un freno colgado de un clavo y al final, ya para salir a las gradas, unos manojos de pasto verde, el picadero y la *cutacha*. Después empezaba la alfombra del sol hasta la cocina; y allá, contra la tapia, como una casita de juguete, con su chimenea de lata azul, el excusado.

El padre se paseaba en la tarde. Era la hora en que la paz le traía el cielo; el cielo de agradables matices, que llegaba a sentarse en la montaña lejana, pensativo como un hombre; pensativo hasta quedarse dormido, soñando en las estrellas, cada vez más profundamente.

El sacristán tocaba el *ángelus* para que todo se callara. Y todo se callaba.

La Coronada llegaba entonces penosamente, con su *riuma* y sus platos, a ponerle la mesa. Se sentaba el padre, siempre mirando el cielo, con su cara igual de triste. Con un respuntar de máquina de coser, sus labios hilvanaban una larga oración de gratitud. Humillaba los párpados y se persignaba. Luego, cogía calmosamente la cuchara y empezaba a probar la sopa. Estaba caliente. La Coro encendía el *kinké*. Las gallinas empezaban a volar de rama en rama, con torpes aleteos. A lo lejos se oía pasar el tren por el puente de hierro, como una amenaza de tormenta.

* * *

La Chana era una *cipota chulísima*. Había crecido de *diadentro*, al servicio del cura. Hacía mandados, lavaba los trastos, les daba de comer a las gallinas y se comía *lazúcar*. Cuando el padre estaba *bravo*, como no tenía en quien descargar, regañaba a la Chana. La Chana no se quedaba chiquita y le contestaba *cuatro carambadas*.

—¡Agüén, usted! ¡Asaber qué lian confesado las biatas y descarga en yo!...

El padre, en vez de enojarse, la estrechaba contra su pecho y le daba un beso en la frente. *Se estaba viendo en ella*, como decía la Coro.

En un dos por tres se había hecho mujer. De la mañana a la tarde echó rollo, se *cantonió* y le brillaron los ojos. Ya se trababa una flor en el delantal, con un gancho, muy alto, muy alto, para podérsela oler poniendo cara interesante. Seguido se *cachaba logas*; por el tacón muy encumbrado, por unos papeles colorados para untarse los labios, por andar suspirando muy duro. El cura la miraba de lejos. La miraba pasar, disimuladamente, y alejarse. Se cogía el mentón azul y su cara de cuarentero se ponía grave. Temblaba por ella. Hubiera querido poderla un poco. Se paseaba, se paseaba por el largo corredor, campaneando la lustrosa sotana vieja, como si en ella se hamaqueara su

inquietud. Apretaba, sin querer, el crucifijo de plata que llevaba siempre colgado del cuello. Si hubiera sido de cera, lo habría convertido pronto en una hostia. Allá a lo lejos, la risa de la Chana sonaba como una campanilla mundana. Cuando pasaba a su lado, apagaba los olores del incienso con un fuerte aroma de jabón *diolor*. Por el corredor silencioso, sus tacones pasaban, clavando la tranquilidad.

* * *

La *niña* Queta y la *niña* Menches, la una fea de tan vieja, y la otra vieja de tan fea, entraron apuradas en busca del padre para un asunto urgente. La puerta estaba entreabierta y empujaron. Y fue como si hubieran empujado su alma en un abismo. El padre estaba todo él sentado en un sillón y la Chana estaba toda ella sentada en el padre. Su *cachete* rosado se posaba dulcemente en el *cachete* azul del cura, como una madrugada sutil se posa sobre áspera montaña.

—¡Virgen pura!...

* * *

El obispo, de pie ante él, se enjabonaba las manos en su duda y en su rango. Pujó.

Dos lágrimas corrían por las mejillas marchitas del padre. Repitió su excusa:

—Un afán, un vago deseo de ser padre. Es como mi hija...

Su voz era oscura.

—Los niños despertaron siempre en mi alma una dulce inquietud...

—¡Hm!...

Apretó el obispo sus labios temibles y lanzó al cura su más irónica mirada. Pero ante él se irguió austero, nobilísimo y puro, el rostro del acusado, encendido en radiante sinceridad; irresistible en su sencillez: tal si el mismo Dios mirara por sus ojos húmedos, abatiendo al instante la austeridad, la insolencia y el rango.



LA REPUNTA

—**M**ama, mama, el poyo me quitó la tortiya de la mano!...

—¡Istúpida!

La *istúpida* tenía siete años. Era gordita y *ñatía*; su cara amarilla moqueaba y su boca despintada, siembre *abrida* y triste, mostraba dos dientes anchos e inexpresivos. Lamiéndole la frente le bajaba el *montarrascal* del pelo, *canche* y marchito. Vestía mugre larga y *vueluda*, tornasolada de manteca. Se llamaba *Santíos*.

La *nana* recogió del suelo un *olote* y se lo tiró al *poyo*, con todas sus *juerzas* de molendera.

—¡Poyo baboso!... ¡Encaramáte al baúl, jepuerca! ¡Si tiartan la tortiya, no te doy más!

La *Santíos* se encaramó en el baúl. Venía lloviendo *tieso* por los potreros. El cerro *pelón*,

parado en medio de los llanos, gordo y cobarde, no halló dónde meterse y se quedó. Llovió sin *pringar*, de golpe, a torrentes; con un viento encontrado, que corría atropelladamente en todos los rumbos, como si llevara un tigre agarrado a la espalda.

El *hojarasquín* mísero, de paredes de palma, se tambaleaba *chiflante*, desplumado, entregado a la *voluntá* de Dios.

—¡Istúpida, tapá ligero el hoyo con el costal!

La *Santíos* puso el pedazo de *tortiya* en el saliente del horcón y *jué* a *zocoliarle* el costal al *juraco*. La piel del cielo tembló ligeramente de terror, y el rayo, con un alarido salvaje, le estampó su *jierro* caliente que tenía la forma de un *palo* seco. Un berrido de dolor llenó los ámbitos oscuros. La *istúpida* no tapaba bien el hoyo, y la *nana* la *arronjó* del pelo y lo tapó.

—¡Quitá, endezuela emierda, bis nacido para muerta!

La *Santíos* se *jue* a sentar en la *cuca* y se quedó mirando, con los ojos y con la boca, por la puerta. El viento *bía* menguado, aplastado por *lagua*. En el patio, y al ras de la corriente, iban saltando *pa* la calle un *montonal de inanitos* de *huishte*, a *toda virazón*, unos detrás *diotros*. De los alambres del cerco *caiban*, *desguindándose*,

unos miquitos *platiados*. La *Santíos* se despabiló con la escupida de una gotera.

—Mama, aquíés onde chigasteya lagua, mire...

Iba, gota a gota, llenando su manita acucharada; cuando le rebalsó, *diun* manotazo se la metió en la boca.

—¡Istúpida, bien bis oido que tenés catarro! ¿No sabés que lagua yovisa es mala? Te puede quer al pecho, animala...

Pasado el aguacero, la Santos salió para el río con la *tinaja*.

—Güelva luego, carajada, si no quiere que la tundeye como ayer.

La Santos *voltió* a ver y siguió su camino. Iba, humilde y *shuca* en la frescura dorada de la tarde, dejando pintada en el barro la flor de su patita. El río venía hediondo y colorado y su *ruidal* llenaba la barranca, haciéndola más oscura. Humilde y *shuca*, bajó de piedra en piedra, sujetando con mano temblorosa la *tinaja*, sobre la cabeza *canche*.

Llegó al *ojo diagua* encuevado, límpido y lloviznoso, y con el *guacalito* fue llenando, llenando la *tinaja*, de aquel amor.

Un trueno lejano venía arrastrando la noche por la barranca. Era como el rugido de una montaña herida de muerte. Desde una altura, un indio de *manta* agitaba los brazos, gritando desesperado:

—¡Intúpida, babosa, la repunta, ai viene la repunta! ¡Corra, istúpida, corra!

La niña, sin oír, seguía llenando tranquila la *tinaja*.

En el momento en que la repunta *voltió* en el recodo del río, espumosa y furibunda, arrasando a su paso los troncos y las piedras, la altísima muralla que estaba a espaldas de la niña, en la margen opuesta, altísima y solemne como un ángel de barro, abrió sus alas y se arrojó al paso.

Su derrumbe, acallando todos los ecos borrachos, había sonado a un NO profundo y rotundo. La repunta se detuvo. Y no fue sino cuando la Santíos había entrado ya en el patio de su rancho, pintando en el barro la flor de su patita, que el río abrió de un puñetazo su paso hacia la noche.



EL CIRCO

Se azuló la noche. En medio del solar oscuro, el circo era como una luna desinflada. Parecía la *chiche* de la noche, *onde* mama luz el cielo. Un chilguete manchaba de norte a sur el espacio y las gotitas *zarpiaban* el horizonte hasta la *oriya* del mundo.

Mito y Lencho, los dos hermanitos, miraban asombrados, por un *juraco*, cómo aquel *siñor* que le decían Irineyo Molina, se *bía* hecho payaso en un dos por tres. *Taba* sentado en un cajón, *jumándose* un *puro*, y con cara enojosa de hombre. Por el hoyito se *veiya* bien que le daba la luz de un *carburo* en la cara *chelosa* de harina. Abajo, junto a la *goliya* plisada, asomaba el cuello *prieto* de su propio cuero. Más allá, el negro Jackson sembraba una estaca, con una *almágana*. A cada golpe de *juelgo*, la estaca se hundía un jeme. Recostado en unos lazos,

templados como cuerdas de violón, estaba un volatín.

—Apartate, baboso.

—Perate, quiero ver.

—Te vua zampar una ganchada, Chajazo.

—¡Achis!, sólo vos querés mirar...

—A yo no mian dejado...

—¡Baboso, baboso, ayí entró una piernuda vestidedorado. Sestá componiendo la atadera.

La *cipotada* ondeó, como un tumbo de carne; reventó en empujones y se vació sobre la carpa, derrumbando al lado *diadentro* un rimero de sillas. Se oyeron voces de hombre, furibundas, y pasos amenazadores. La *cipotada* se dispersó a la carrera, haciendo sonar con sus talones la panza de tambor del descampado. Se confundió entre el *güevaso e gente* silbando y riendo. Un *sapurruco* en camiseta, con unos grandes *gatos* que parecían de madera, salió *encachimbado* por debajo de la lona, con un acial en la mano. Llegó hasta el andén, mirando de *riojo*; escupió un salivazo con tabaco, y se metió *otragüelta* por debajo. Dos o tres *chiflidos* le condecoraron el *fundiyo*. El humo de los candiles y de los puestos de *pupuseras* ponía llanto en los ojos de aquella alegría. La manteca, *riciën* echada

en las sartenas de las pasteleras, se oiba escandalosa, como cuando *meya* el tren. Las garrafas, en los mostradores de los *chinamos*, parecían *jícamas* de vidrio, que se *bieran* convertido en cocos. El *guaro* clarito temblaba adentro y dejaba *descurrir* su *tujito embolón*.

Las gentes iban entrando, guasonas, al circo. Daban su tiquete y levantaban la *cortinenca* de *añididos*, *onde* había unas letras que *naide* entendía, porque *naide leyiya* en el pueblo.

Una bandita descosida empezó a sonarse, allí dentro, debajo *diaquel* gran pañuelo. La *buyanga sizo* mayor, y las gentes empezaron a codearse por entrar a coger puesto.

Por tercera vez sonó la campanilla; aquella campanilla que daba *güeltegatos* de plata en la *aljombra* de la ansiedad. Un silencio profundo se agachaba, cargado de corazones, como una rama de mango. De una patada se abrió el telón de los secretos; una pelota de colores vino rodando hasta el centro del picadero, y, con un grito de sollozo burlón, el payaso se irguió amelcochado, bonete en mano, con algo de *piñata* y algo de barrilete. De golpe se descolgó, en el redondel, la cortina de tablitas del aplauso.

Vestidos a medias y de medias, los volatines y volatinas, en escuadrón, avanzaron

marciales, con los brazos cruzados sobre el pecho y sonriendo con sonrisa postiza. Detrás, en dos *caballencos* ahumados como los del *carrusel*, que llevaban colas de gallo en la frente, venían las *masonas*, vestidas de *espumesapo* y sentadas, con una nalga, en el *mero chunchucuyo* de los caballos. Cerrando *chorizo*, iba un *chele* vestido *dentierro*, con un *chiliyo* bien largo; y un viejo bigotudo, jalándole las narices a un pobre oso medio *bolo*. Más detrás iban los *guachis*, con *cotones* de colores llenos de *chacaleles*. La música sonaba, toda ella, *chueca* y destemplada, como *mocuechumpe*.

* * *

En aquel pueblo de niños, sólo los *cipotes* se *bían* quedado *ajuera*. *Ispiaban* por *onde* podían, subiéndose algunos hasta las puntas de los cercanos *jocotes*, contentándose con ver el bailoteo de uno *quiotro* trapo de color, o el relámpago misterioso de las lentejuelas en las mecidas de los trapecios.

Los niños *ajuera*, los grandes adentro... El circo era como la *felicidá*, que se la cogen aquellos que menos la quieren. Los *cipotes* se *conjormaban* viendo la *alegriya* luminosa, por un hoyito, entre tablas y piernas oscuras. Mito y Lencho, los dos hermanitos, se *bían* retirado *dionde bían* miradores, porque les *taban*

rompiendo toda la camisa. Sin embargo, cada granizada de aplausos los empujaba de nuevo a la carpa. De *chiripa* se hallaron un juraquito *bajero*, que los otros no *bían incontrado*. Con el dedito *inano* lo *jueron* haciendo más grande, y miraban por turnos.

Cuando más extasiados estaban, mirando, *mitá y mitá* que la *piernuda* caminaba sobre el alambre como sobre el viento, un *guachi*, con una tablita, los cogió de *culumbrón*, soñadores e indefensos. Les dio con todas sus *juerzas*, el bandido *jalacolchones*; y ellos, dando alaridos, salieron corriendo y sobándose la nalga, ardida como con plancha caliente. Fueron a contarle a la *mama*; y la *mama*, cogiéndolos debajo de sus alas desplumadas, maldijo al miserable:

—¡Disgraciado, quia de pagarlas un diya en los injiernos!

Lencho rumió, en su corazón de niño perdonero, aquella frase; y, tras un rato de silencio, preguntó:

—Mama, ¿yen el injierno habrán hoyitos para mirar lo que andan haciendo en el cielo?...



LA RESPUESTA

No llovía. En el cantón, desde las dos de la tarde, se oyó el saltito de duende del tambor, llamando a los de la *rogación*: “tom, tom, tom; tototom, tom, tom; tototom, tom, tom...”.

El calor estaba estacado en el llano, como un cuero de res. “Tom, tom, tom, tototom, tom, tom...”.

Todo se doraba; todo se caía; todo se tostaba. En un remiendo de *talpetate*, la culebra dormía enroscada, y era como el *yagual* del pesado cántaro de la sed. Ligeros cirros medían el cielo. Las leguas huían hacia las montañas del contorno, lejanas y azules, sentadas y pensativas como dioses.

El viento yacía muerto en el polvo. Arrodiados de sed, los *jiotes* de bronce y los *jocotes*, elevaban sus nervudos brazos implorantes. Las

piedras sacaban sus cabezas del suelo, para respirar. Rápidos pasaban los rieles del tren, huyendo de aquel infierno; abrían los llanos en línea recta, apartando los pajonales calcinados, en busca de los azules frescos de lontananza. El sol abría un gran boquete en el azul, por donde caía a torrentes *la gloria de Dios*.

* * *

A las tres salió la *rogación*, por el camino de “El Pedregal”. Era una chusma de colores, que cantaba salmos tristes y llorones. Delante, en unas andas, San Isidro, envuelto en manto de antiguos verdes, iba mirando con sus ojos dulces, resignados, cuán chico parecía al lado de sus devotos. Era un *inanito* de *palo*, de a vara, con flores de trapo en la mano, un clavo en la coronilla y la nariz manchada de *kakemosca*.

“Tom, tom, tom, tototom, tom, tom...”.

Despertados los pájaros, cruzaban los claros del cielo. Los *chuchos* tísicos salían de los ranchos, a regañar a los *rogantes*.

Iba la *rogación* por la calle *rial*. Cruzó la *palanquera* del *conacaste* y siguió a la orilla del cerco, rondando el potrero enorme. Todos llevaban los ojos y las narices fijas en el cielo, como si husmearan la lluvia de bendición.

Fueron alejándose, por los sembrados; cruzaron la quebrada seca y continuaron por el piñal. A lo lejos, la *rogación* se deslizaba como una cromática cola de barrilete, que se hubiera hecho culebra.

“Tom, tom, tom; tototom, tom, tom.”

* * *

Allá por las cuatro y media, el día *traquió* y se paró en seco. Como si le hubieran aplicado un fósforo, el cielo *tilinte* se quemó. La llama se corrió hasta el suelo y allí brotó la *jumazón*. Fue una nube prieta y veloz, que invadió el mundo como una noche extraviada. Venía huyendo, llena de terror, bramando y *trompezándose* en los cerros. Pasó, con un remolino de viento que enloquecía las *palazones*, amarradas sin remedio a la tierra, sin esperanza de huída. Los techos de las casas, asustados, abrieron sus alas y se volaron. El polvo, sediento subió a beber agua por el camino de caracol. Con paletas invisibles, batían la sopa de hojas en la olla del mundo. La tormenta, borracha, primero lloró; después babeó y, por último, vomitó su negrura. Eran torrentes incontenibles que brotaban de todas partes, arrasándolo todo. Las ramas se quebraban y huían de sus madres, y las madres se retorcían gimiendo y alargando los brazos impotentes.

Fue un verdadero desastre. Cuando amaneció, en calma los cielos verdes, dos viejos indios, desgredados y transidos, estaban sobre un árbol caído y miraban con resignación las barbaries del cielo.

—Señor Goyo: siel santo llega a ser del alto de diusté, nostaríamos contando el cuento.

—¡Pa que veyá; demasiado milagrero el hijuepuerca!...



LA CHICHERA

La barranca del Berrido era sumida *Lhasteldiablo*, y pasaba todo el día de tarde. Amanecía tapada con nubes; allá por las diez, se despejaba *dialtiro* y se *veían* clarito los morados del *guarumal*, y el verde *prieto* de los *sunzas*, *jabillos* y *manuelión*; y por allá, *ispiones*, uno *quiotro mulato* o *guachipilín* en flor. Al puro *jondo*, allá *onde* se *oiba* roncar el río, se *apiñaba* el *güishcoyolar* cimarrón, entreverado de *ishcanales* bravos, erizados de *cachos* filudos y cundido de *hormiga perra*.

Aquella *palazón* en la *escurana* *taba* siempre sin viento, *quedita*, oyendo, como si jugara *descondelero* con el sol. *Agazapada*, contenía el *juelgo*, y al verla parecía como el *cadávere* de una montaña. Los *querques* volaban sobre ella, *olisquiando* el *jediondo* del río *shuco* y *podridoso*.

El sargento Vanegas paró de bajar; y, recostado en el tronco oloroso de un bálsamo, miró *pa* bajo, buscando entre las ramazones el miedo *diun* trapo. Nada se movía, ni nada se *óiba*. Sólo el golpear del río, en la panza de *tarro* del eco; y el grito deshilachado de algún *guauce* que llamaba a su pareja.

—¿No sienten ustedes un cierto tujo de piro?

Los soldados *aletiaron* las narices, y uno de ellos respondió no muy seguro:

—Endeveritas, mi sargento...

—Nos vamos a descolgar ai parabajo. Me quito una oreja si no hallamos mamazo. Este juraco tiene todo el talante diuna sacadera gorda, y que vastar chilosa de sacar.

Empezaron a bajar, por los derrumbaderos de tierra *deslizosa*, negra y olorosa a hoja podrida. Se apoyaban a ratos en la culata del *calibre*; o se agarraban de las puntas de los *guayabos* y de los *cojones*, que crecían en abundancia debajo de aquellos enormes *matapalos*, *apercoyados* aquí y allá, en la sombra llena de mosquitos, zancudos y hormigas, y olorosa a *telepate*.

Al *jondo* se oyó de pronto un disparo. Fue como si se rajara un *conacaste*; los ecos

hirvieron, y de espumarajo en espumarajo lo levantaron con *quebrido* de tablitas, hasta que rebalsó y la barranca se chupó de nuevo el silencio.

Los soldados se pararon, ensamblando los *tacones* para enraizarse. Se quedaron esperando, mientras tiraban el *oído* al *tranquil* que siguió, como se *avienta* una atarraya. El sargento Vanegas los empujó con un gesto.

—Ese jue tiro de escopeta...

—Algún venadiante...

—Andenle con tanteyo, muchá; si tiran, de necesario, que seya al bulto, sin asco.

* * *

Estaban en el fondo de la barranca. Parados en los pedregones azules del cauce, miraban, *idos*, la correntada *olisca* que pasaba *juerte* entre las peñas, dando saltos como si jugara pelota con los gatos. La *chorrentera* interminable les había tapado las bocas con una mano terca, de ruido. Un remolino, *projuendo* como el *umblijo* del diablo, caminaba por lo largo de la poza hasta meterse en las cuevas del *paderón*, para salir otra vez, como debajo *diagua*, en el mismo lugar. Con un bramido de perolón, que llevaba por dentro gritos de *cipote*, risas de vieja,

serruchos y martillos, trenes, *lloridos* y *uyasón* de *chuchos*, la chorrera *caiba dende bien alto*, en gradas de vidrio, hasta lo más encuevado de la poza. Llovía *eterno*, sobre las grandes hojas de los *quequeishques* y sobre el *talpetatal* picado de viruela, *onde* cada *juraco* era un espejito *diacuís*. Los raizales formaban *tramazonas*, debajo de las cuales el agua *aletiaba* como *murciégalo morigundo*.

Saltando de piedra en piedra, a *guiños* de *ráiz* y *trepazón* de breñales, los seis soldados llegaron a un desvío cortado a pico, en una *escurana jría* que desembocaba en el río. Con una seña, el sargento los enzanjó por aquella tragadera del infierno.

Caminaban en blando, sobre arenita fina. Arriba, el cielo mostraba su reventadura de *caimito* dulzón, en la cual pringaba ya la primera estrella como semilla *briyosa*. Al *recuesto* de la *escurana*, *embolando* el *tetuntal*, corría entre el agua llorona un *piro* que *jedía* a rojo, como en *cluaca* de curtiembre. La *humedá* y la sombra subían en llamas negras hasta muy alto, *lambiendo* los muros del cañón y ahumando los charrales en lo alto del *precepicio*. *Apersebido* el *calibre*, los seis de la *chichera* avanzaban valientes, empujando una cortina de sordera.

Trepaba y trepaba el arenal; y Vanegas, que iba al frente, al *descruzar* un recodo, mandó

hacer alto. Ya casi no se *veiya*. La última *clarencia* de la tarde se *bía* ido diluyendo en la tinta del *sombrial* espeso; y apenas una moradez de arena quedaba, como cuando queda azúcar al *jondo* del café. Un bulto *cheloso* acababa de sumirse en la cantera, como una araña de *pañal*.

—¡Alistéyense!

Lo dijo bajito y sereno. Se *veiya nomás* que aquel era su *ojicio*. En aquel *aguarde* breve, se oyó, claramente, cómo las seis lenguas de acero de los *calibres* se tragaban la bala, chasqueando sin mascarla. Dos *jlores* de fuego brotaron al cruce de la garganta, rajando con su estrépito el vidrio de la montaña. Los ecos fueron arrimerando las detonaciones con jactancias como monedas de plata.

A una seña del sargento, todos se echaron de panzas al *desperdigo*, escogiendo al azar la mampuesta. Fue aquella barranca como una guarida de rayos en brama, despedazándose unos a otros a mordidas por la hembra, aquella raya oscura trazada firme en la montaña por el puñal de los siglos.

* * *

Saliendo a la orla del embudo de aquella tremenda barranca del Berrido, que una hora

antes hiciera honor al nombre, cuatro hombres en fila, jadeantes y ensangrentados, pararon al pie de los pinos. *Traiban* las manos a la espalda y los *dedos gordos bien socados con pita*. Sosteniendo al último, que apenas caminaba, el sargento Vanegas, *calibre* en bandolera, los *pastoriaba* delgado y sereno, echado atrás el *quepís* y un puro entre los dientes.

—Arrepónganse tantito, desgraciados.

Jalando un macho barcino, cargado con ollas y trebejos, asomó un soldado. Amarró y se tiró en la grama a la bartola.

—¡A la gran babosa, mi sargento, es bien jodida esta lagor!...

—Date por suertero, desgraciado... ¿No bis visto cómo quedaron panzarriba tus cheros?

—Dice bien, Vanegas, ya vide que Dios nos quiere...

—O no nos quiere... asigún...

El viento de la noche *chiflaba* tristemente en los pinares.



EL MAISHTRO

Terminada la faena de escuela, don Tacho cerraba el zaguán. Un frescor oloroso a tierra de rincón barrido, llenaba el sombrío portalón. Apretaba la tranca; y, ya solo, aislado en la frescura de las cuatro de la tarde —tarde de pueblo encumbrado y *ñeblinoso*— iba por las podaderas y entraba al jardín.

El jardín estaba en el traspatio. Junto al tapial de la casa vecina, crecía la parra de jazmín, anidada toda ella, anidada y dormida en el *tapexco* de bambú. Dos rosales, una *gemela*, un matocho de jacintos, unos platanillos pringados; unas *chinas*, dos naranjitos; un *icaco*, un borbollón de *zacatelimón* y uno *quiotro* montecito, no arrancado por no identificado. En un barril hundido hasta la mitad en el suelo, estaba el agua llovida para el riego.

Don Tacho sabía bien qué hacer. Iba y venía; se acucharaba; se ponía en puntillas, aterraba o escarbaba según el caso. En la galera aladaña, la mula *zonta* le miraba trabajar, con un placer rayano en amor. Se sacudía las ancas, flacas y canosas, y se dormía viendo al amo en su tarea.

Don Tacho era bajito, carnudo; dulce, moreno y calvo. Andaba siempre en camisa, con la *correya* angosta bien ceñida bajo el ombligo. Su calva relucía como una berenjena; era una berenjena de treinta colones mensuales, impagable.

Vecina vivía la niña Meches, hija del agente del “Diario”. Como el tapial era bajito, ella se subía en unos adobes; y, de codos sobre el pretil, miraba sonriente a don Tacho. Esta vez no tardó.

—¿Cómo van sus jlores?...

—¡Ah, niña Meches no dan; no dan, no sé qué pasa!... Quizá el zompopo, o quizá lagua es mala, o la tierra; todo se va en vicio y no florea. Mire ésta, mire aquí: están todos mero chipes...

—Abónelos con kakevaca.

—¡Si los abono! Todo el barrido de la mula se los echo: ya usted ve cómo los cuido todas las tardes y por las mañanas. Tengo mala mano...

—Es que se le va el jluído en los niños.

—¿Cree?...

—El jardín luagarra cansado.

—Miagarra cansado y...

“Y con hambre”, iba a decir, mas se detuvo. Miró a la niña Meches con su cara buenota de luna negativa; por sus dientes anchos corrió una miel paternal:

—Usté sí que es chulísima. Pegó bien a la tierra.

—¡Ah, usté!...

Él sacó del trasero su amplio pañuelo amarillo y se lo pasó por el cráneo, sin dejar de mirarla.

—¡Ay... qué felicidad es verla a usté! ¡Tan fresca, tan joven, tan chula!...

—Si mestá enamorando, me voy.

—No se vaya. Es laura del descanso.

—Sies que usté mestá chuliando. ¿Se va estar en juicio?

Don Tacho se rio de buena gana. Guardó su pañuelo en el trasero, se acercó al tapial y

tomó en las suyas la mano pálida, fina, tibia de la joven.

—¿A que le digo la suerte?...

—¡Vaya!...

Del pecho de la camisa sacó las gafas y se las puso; le dio vuelta a la mano, descubriendo la palma sonrosada; cogió aquella hoja de carne por la punta, hizo presión para pandearla y la miró fijo.

—¡Qué mapa del cielo tiene usted aquí! Este es el río de la Virgen...

Le clavó los lentes a un palmo de la cara.

—No me chiste; dígame la suerte.

Volvió a mirar, pasó el índice muy suave y lentamente por la página trémula. Como si hubiera echado raíces, por las piernas le subía de la tierra dulce savia, que embriagaba como vino. Llegaba al corazón y hacía marea. Todo el mundo se deshacía alrededor como una nube; sentía que iba a florecer palabras de amor. Ella comprendía y, sin embargo, estaba clavada sin remedio. Ya a punto de hablar, le detuvo el clarín de un gallo. Las cosas se cuajaron en torno. Volvió a sentirse calvo, viejo y pobre. De sus ojos cayó a la palma de la mano una lágrima gruesa.

—¡Queseso!...

Reaccionó bruscamente, tragó saliva; volvió a correr por sus dientes una miel paternal y dijo, señalando con firmeza:

—Eso, eso, hija mía... es el río del tiempo...



DE CAZA

A l pie del *palón* quemado, que era como una astilla de noche en medio del llano *pelón*, donde la rastrojera tenía un dorar de *kakevaca*, los dos tiradores se acurrucaron, agarrados a las escopetas; y allí, sumergidos en el agua grata de aquella sombra de esqueleto, descansaron de matar.

El mediodía *caiba* de lado, por ser verano. Del cielo blanco bajaba, ondeante, una atarraya de plata caliente. Las montañas, a lo lejos, sedeaban azul-violeta. Sobre el llano, en el aire, y en sombra sobre el suelo, la *zopilotada* volteaba: mariposones negros, quemándose la vida en la llama del sol.

El viejo Calistro se entretenía en *puyar* con un palito la pechuga gris del conejo muerto. El *chefe* Damacio *jumaba* lentamente el descanso.

—Ta gordo este baboso. Y se riye, el hijuepuerca.

—¡Ajú!... de satifecho...

—Te lo cambeyo por las cinco palomas.

—¡No joda, compadre!, ¿cinco cartuchos por uno, no?

—Pero hijo, tentá, tentá...

Le hundía los dedos huesudos en la piel suave, que se escurría rugosa.

—Tres le doy, compa.

—¡Achís!...

A lo lejos se oyó un disparo. Luego otro. El silencio del mediodía se desgarraba, como una película de coágulo sobre un estanque; poco a poco las desgarraduras iban cerrándose, hasta que la *cerrazón* de calma recobraba su pesantez.

—Esos han de ser Mateyo y Julián.

—O Filadelfo, que agarró dese lado.

—Palomas han destar matando, los babosos.

—No creya, compa: en esa montañita hay mucho conejo.

Náufrago, en el viento *perezón*, llegó un grito.

—¡Aijaaa!...

Luego palabras, con las letras borradas.

—¿Qué dice, oyó?

—Es Mateyo.

El *chele* Damacio dejó la escopeta apoyada en el morral; se puso en pie; hizo una concha con la mano y gritó engallado:

—¡Ooiii!... ¡Mateyooo!...

Bien distintas llegaron del monte estas palabras:

—¡Aivelvenado!...

El viejo Calistro se puso en pie.

—¿Bran hallado venado esos desgraciados, hombré?

—Lo vienen sabaniando.

Se *oiba* quebrazón de ramas y *choyeo* de hojarasca.

—Aprepárese, compa, que viene por aquí.

—¿Nos tarán tirando esos jodidos, vos?

—No creya, pueden ber desescondido algún cabrón desos.

La *tronazón* de ramas venía cerquita, por la ceja del monte. El viejo Calistro corrió a todo correr, haciendo sonar los cartuchos de la bolsa. El *chele liba* a la zaga.

Un último grito, cercano, se oyó:

—¡Ai va, O!...

Bruscamente, con irrumpe de ventarrón, volante como sombra de raudo *gavilán*, un venado brotó, eléctrico, del ramazal al rastrojo, tamborileando su terror en el suelo polvoso y tirándose al *descampado* como a la muerte. Detrás de él venía la bala. Humo, gritos, polvo, hojas al viento. El venado se hundió en la cueva del eco, arrebatado por un terror avaro. En el suelo, y en su propia sangre, se devanaba el viejo Calistro comiéndose la tierra caliente, a bocaradas, bajo el sol.

Mateyo, al darse cuenta, tiró la escopeta y huyó por el bosque. Los otros dos se miraban, aterrados, a uno y a otro lado de aquel abismo de agonía. El polvo se *bía* ido asentando. De bruces en los terrones ennegrecidos por la sangre, el cuerpo del viejo se estremecía, intermitentemente. Cuando quedó al fin quieto, ya nadie había alrededor; sólo al pie

del *palón* quemado que era como una astilla de noche en medio del llano *pelón*, el conejo sedoso y tranquilo se *reiba*, mostrando al cielo sus afilados dientecillos roedores, de *satisfecho*...



LA TINAJA

Junto al remanso del crepúsculo, los volcanes eran *tetuntes* oscuros. Como una tinaja de barro quemado, la noche se hundía en el agua dorada, *descurriendo* estrellas por el flanco. En aquel callar de tren descarrilado, los árboles se *oiban shushushar* con un frescor melodioso de pasadero de acequia. Viraba el mundo de bordo, como para echar el ancla en el *tranquil projundo* del corazón.

—Pabla.

La *Pabla* hundió más la cabeza en el *refajo*. Sus trenzas *prietas* resbalaron hasta tocar el suelo, *dionde* chupaban, como *raices*, la idea de un morir, con mucha tierra.

—Testoy hablando...

—¡Irte, irte de mi lado, engrato que me bis arruinado!

—¡Pero, si nues nada, usté; no siamelarchiye, ya le va pasar!...

—¡Si pue, le va pasar pue!, ¿y nues casado, pue?...

—Sí, pero yo a vos te quiero y tiastimo, no siapesare por babosadas.

El *llorido* arrastrón de la india corría, como un hilito de dolor, sobre el silencio *ricién* arado. El lucero, sobre el cerro cercano, mirándolo fijo, *gotiaba sangrita*.

El indio la envolvió por la espalda y confundió con las *deya* sus crenchas lacias. Al *oido*, muy bajito, le dijo:

—¿No me quiere, pue?

El llanto se agravaba. Los pechos de mango maduro de la Pabla, bogaban debajo del *huipil*, subiendo y bajando *tembeleques*, como las frutas que el río mete en las cuevas de las *pozas*.

—¿No me quiere, pue?... ¿No me quiere, pue?...

Las manos alfareras del indio iban apretando, torneando, deslizándose inspiradas sobre el barro cálido de la esclava. Ella, ya sin gemir, alzaba la cabeza llorona y abría enhelosa la boca, con un pasmo de renuevo, dejándose llevar por la corriente, en vuelcos de ahogada. Se desmayó en sus hombros, entornados los ojos borrachos de lágrimas, y desflorada la boca de fruta picada por los pájaros. Él la desgajó de la tierra como de un racimo y, con la precisión de la costumbre, tomándole el *refajo* por la punta, la mondó como a un plátano. Su desnudez era apretada y mielosa.

* * *

La *tinaja* de la noche se había rajado al flanco y el agua de oro *descurría*, encharcándose al oriente. Una brisa morada bailaba desnuda en la playa oscura, antes de echarse al agua. La frente del cerro palidecía, avizorante ante la inundación del cielo. Un *projundo* frescor oloroso, brotaba a borbollones de la tierra. La Pabla se tapó la cara con el *yagual* moreno de su brazo:

—¡Irte, irte de mi lado, engrato que me bis arruinado!



EL MISTIRICUCO

El antiguo tronco de la ceiba madre de la hacienda, se hundía, como inmensa pata de gallina, en el estercolero del corral. Era verano. La ramazón escueta se abría en el azul del cielo, como una extraña flor de hierro. De las vainas reventadas, volaba el algodón: vellón de nube, gracia de la brisa costeña... Cada arruga del tronco era como un nervio de montaña. En los nudos hechos por los siglos, había cabezas de monstruos terroríficos: pensativas gárgolas, no extrañas en aquella catedral de pájaros, románica en el tronco y bizantina en la copa. En el ábside roñoso tenía una ventana oscura, ojival, a la cual ponía vitral de verdes y brillantes hojas, una parásita prendida *guindo abajo*.

Luciano Pereira quería trepar, a ver qué había allí dentro. Moncho, el corralero, con

el balde a media leche y el rejo en el hombro, trataba de disuadirlo:

—Te va joder una culebra, gran baboso...

Luciano subía ya, por la doble cuerda de una *persoga* que había logrado trabar en un gancho.

—Ai state; no te vayás, O; gua encender un jójoro y te guá decir qué veyo.

Sin soltar el balde, entreabierta la boca y arrugada la frente por el claror del *manecer*, Moncho lo miraba trepar sin gran esfuerzo y *sonreiba* al *carcular* la travesura.

Llegó Luciano al *juraco*; en una mecida alcanzó el borde, donde agarró con su pie de barro valiente; y en un momento estaba acondicionado, *ispiando pabajo*, curioso y cabeceante como un oso colmenero.

—¿Qué mira, cheró?

Luciano se dignó sacar la cabeza y mirar al corral.

—No veyo tantito, hombré, por la escurana; pero se oye un cuchareyo como rascadue cusuco.

—Veya no lo joda una culebra, por baboso...

Luciano Pereira encendió un *jóforo*, y miró *tieso*. Luego que se hubo apagado la llama, se volvió hacia Moncho y le dijo, feliz:

—Es un *misticuco*.

Desapareció en la cueva; y a poco volvió a mostrarse, trayendo en la camisa un envoltorio misterioso. Se montó en la ojiva y, tirando de un extremo de la cuerda, ató el envoltorio y lo fue bajando con cautela. Moncho había soltado el balde a media leche y esperaba, con los brazos en alto.

—No lo dejés dir, baboso.

—No, O...

Desenvuelto con precaución, después de atada una pata, el *misticuco* quedó parado en una piedra del corral. No intentaba volarse, porque nada veían, en la lumbre del día, sus ojos de *bomba piruja*, abiertos y fijos como *ojos de venado: desos* que *cayen* del bejuco y se quedan mirando el cielo, desde el potrero, con un terror sin *pispileyo*. De vez en cuando un ligero *tastaseyo* le venía en los *cachetes* y hablaba palabras sin sonido, girando la cabeza sobre los hombros, como un títere de cordel.

—Pobrecito, oyó... Devolverlo al hoyo.

—Devolverlo vos, si tanta gana tenés; yo no me incaramo otra vuelta.

—¿Y qué vas hacer con él?...

—Ai que se quede.

—Trayen la suerte, hombré; llevátelo.

—Lo gua descabezar diun machetazo.

—No seya bárbaro, compañero; adémelo a mí...

—¿Qué vas hacer con él?...

—Eso es cosa miya: adéjemelo.

Cuando Luciano Pereira se hubo alejado, cantando, por el *ixcanalar* que da al río, Moncho se quedó mirando el *mistiricuco*, mientras se rascaba la crencha. Tomó una resolución. Tanteó una *persoga* al gancho, varias veces, hasta que logró trabarla; y después de envolver el ave agorera con su camisa, como había hecho el otro, empezó a subir, llevándola en los dientes.

Por fin pudo llegar al hoyo; desató el lío y dejó el pájaro en el fondo. Cuando iba a descender, oyó el graznido trágico del *mistiricuco*; y recordó al momento que “cuando el *tecolote* canta el indio muere”. Empezó a bajar con miedo. Se

dio cuenta de lo mal que había enganchado la *persoga*. Cerró los ojos. Cayó...

Abrió, por última vez, los *párparos* mansos, y miró las caras inclinadas sobre él.

—Quedó paradito el pobrecito, en su nido...
—dijo sonriendo, y cerró los ojos.

Entuavía alcanzó la voz de ño Macario, que decía:

—Traye la suerte y traye la muerte. Tal vez la suerte es una muerte; tal vez la muerte es una suerte.



EL BRUJO

...a salió la luna, vos?...

¿Y —.Creyo que no...

Con los ojos deslumbrados por el candil, Chema salió del *caidiso* del rancho y afrentó la noche. La tinta del cielo había ido destiñéndose poco a poquito, mientras que la de los árboles había permanecido firme; por lo cual las ramas secas de los *chilamates* y las mangas deshilachadas de las hojas de plátano, destacaban *juerte* su silueta sobre el celestito despejado, *onde* las *estreyas parpareaban* friolentas. También el alero del *caidiso*, en el rancho, dibujaba negras sus pestañas de *zacate* y su dentadura de teja *senefiada* y *cholca*. Como el rancho estaba escondido en medio del platanar, el suelo seguía oscuro, afondado en aquel silencio clareante. Chema se fue, como quien se desentume, por la veredita que serpeaba entre el boscaje. Al poco

rato desembocó en el potrero abierto y llano hasta topar. Allí era como el día: un día azulito y fresco, *tiernito*, pegado a la noche como *descondidas*. La luna, enorme, venía acabando de arrancar del cerro, dormido de *culumbrón* como un *cipote*.

—¡Veya, qué luna!... —se dijo casi entre dientes.

Agarrado del cerco, con un *caite* en la alambrada, Chema le *chifló* un *son* a la luna. A lo lejos, se *oiba* clarito bajar el río. Como rogantes, arrodillados y cabizbajos en medio de la pradera, había dos o tres *caulotes*; en cambio el tronco escueto y quemado del *volador*, amenazaba con sus muñones impotentes al cielo. Una brisa *chiquiadora* estremecía el pajonal como una piel de gato. Se venían caracoles de olor, que hacían suspirar: olor a monte extraviado, a noche *ricién* bañada, olor a caminito (*ques* con anisiyo); olor a perdidero (*ques* con *albajaca*)...

La luna iba trepando despacito; uno *quiotro chucho* ladraba al desperdigo y en el lejano camino carretero, el polvo volaba alirroto y *caiba otragüelta desfallido*.

Chema paró de *chiflar* y continuó cantando una *versaina*. Paso a paso se volvió al rancho por entre el manoteo del platanar, ya clareante y platero con los filos de la luna.

—¡Felipió!... Ya asomó la luna...

—Amonós, pue. Son mero las nueve.

—¿No será pecado, mano?...

—¡Si quiere quédese, yo no lo juerdo, babosada!...

Los dos hermanos ensillaron, entre una música insípida de *albardas* tamborileras y frenos tintineantes; alejándose luego por el camino blanco, donde el polvo se había hecho pesado. El blancor de aquella *fueya* cruzaba el llano. Las estrellas titilando, los *pocuyos* en el aire, las ranas en el agua de los regadíos y los cascós en la tierra fofa, parecían concertarse en un solo e infinito palpar monótono del corazón de los elementos. Fuego, aire, agua y tierra aunaban sus pulsaciones en la noche, agravando el silencio.

La soledad era completa. Llegados al pie de las tres ceibas deshojadas, de ramazones bajas y agujereadas o carcomidas por los siglos, pararon sobre el enrejado de sombra y desmontaron. El cerro redondo desde allí aparecía como una *piedrenca* musgosa, a la vera de un muy ancho y desolado camino.

* * *

Felipe y Chema eran hermanos a la pura *juerza*; hubieran deseado no serlo. Chema era el menor y por tanto aguantaba más la hermandad. Vivían solitarios en el rancho de aquella *joya* y la fatalidad los había unido al fin en un solo interés. Estaban enamorados de dos hermanas y las fuerzas empleadas en el asedio habían fracasado por completo. La Chabela no miraba mal a Chema, pero no lo dejaba pasar de ciertos límites; en cambio, la Lorenza rechazaba de plano las pretensiones de Felipe. Ahora iban ellos a quemar el último cartucho. Felipe había oído una vez, de labios del brujo Manuel Mujica, que en cuestión de amores nunca fallaba la oración del *puro*, cuando se ejecutaba de *ley*. A eso había arrastrado esta noche al hermano, haciéndole beber cuatro leguas de temor y de esperanza.

La casa de Manuel Mujica estaba encumbrada en el hombro del cerro, entre *papayos* que iban de romería, en ringla, bajando la loma con sus alforjas al hombro. En la *inmensidá* del mundo, eran como cirios verdes y grumosos ante el altar del cielo; altar ennuado, donde la Virgen del maleficio pone su pie de plata sobre la luna.

A pie habían llegado hasta allí, por veredas *acharraladas* y pedregosas, tan empinadas que las bestias no hubieran podido trepar sin peligro.

Habían subido del lado de la sombra y, cuando cumbrearon al *jaz* de la *paré* de adobe de la casa del brujo, la luna los pintó de yeso y de carbón. Rondaron la casa hasta dar con la puerta de tablas, que estaba cerrada, pero con luz en las heridas. Felipe llamó, golpeando con el dedo. La voz de Mujica se oyó friolenta de vejez:

—Rempujá, Felipió...

Felipe empujó y entró, seguido de Chema, quien llegaba *aflegido* a la vez que curioso.

El brujo estaba sentado en una calavera de vaca y envuelto en un *perraje* colorado. Tenía por delante un hornillo, sobre una mesita; y en él echaba, al descuido, granitos de una resina que *jedía* a cacho. Era consumido y de ojos *ñublados*, *prieto* como *laja* de dulce amelcochado y con bigote gris en las puntas de la boca. Al mirarle con cuidado la nuca y las manos, parecía como hecho de hule en bruto. Les ofreció *taburete*.

—¿Qué les sirvo, muchá, la oración del puro o el muñeco de cera?

Chema no comprendía. Felipe se puso grave.

—Para éste —dijo con voz temblona— la oración; para mí, una muñeca con *aljiler* en el mero corazón.

Un ligero ruido que venía del techo sobresaltó al hermano menor. Miró las vigas. A la luz temblona del fuego, *vido*, horrorizado, que las varas se *bían* hecho culebras y *siban* deslizando despacito, con vueltas de trépano. Se puso de pie espantado.

—No se espante, hijito: son las *masacuatatas* que tengo para que se coman los ratones. Nuacen nada, son mansas como gatos.

* * *

—¡Aunque no me quiera, yo nuago esa papada!

—No seya pendejo, lo va querer esa babosa pa que liarda a lotra, ques la consejista de que no lo tope.

—¡Mire, Felipe, mi nana no nos crio pa malos: arrecuerde sus consejos!

—¡Pues váyese al chorizo, istúpido, y jódase!...

Desde aquel día se separaron para siempre. Felipe empezó a poner en práctica las lecciones de Manuel Mujica. *Pa* la Lorenza la muñeca; y *pa* la Chabela, y a su propio favor, el *puro*.

* * *

Un día Chema los topó en el ojo *diagua*, diciéndose secretos, sentados en la *ráiz* del tamarindo. *Taba* puesta la tormenta y había un oscuro lleno de inquietud. Se habían parado las hojas, como si el aire se *biera* coagulado. Entre los besos del agua en el pedrero, se *oiban* besos de labio. No pudo contenerse. Una nube espesa de celos, más tormentosa y relampagueante que la del cielo, le cegó un instante. Llegó, trémulo, por la espalda y clavó su daga de un golpe.

* * *

La tormenta llenó el mundo con su furia imponente. Como un látigo, *caiba* el rayo sobre las espaldas impotentes de los volcanes encogidos, que huían en grupos. El río rugidor arrastraba, entre el lodo y la leña, un muñeco infeliz, con un *aljiler* clavado en el mero corazón.



EL NEGRO

El negro Nayo había llegado a la costa *dende* lejos. Sus veinte años, morados y *murushos*, *reiban* siempre con *jacha* fresca de *jícama* pelada. Tenía un no sé qué que agradaba, un don de dar lástima; se sentía uno como dueño de él. A ratos su piel tenía tornasombras azules, de un azulón empavonado de revólver. Blanco y sorprendido el ojo; desteñidas las palmas de las manos, como en los monos; gachero el hombro izquierdo, en gesto bonachón. El sombrero de palma dorada le servía para humillarse en saludos, más que para el sol, que no le *jincaba* el diente. Se reiba cascabelero, echándose la cabeza a la espalda, como alforja de regocijo, *descupiéndose toduel* y con gárgaras de oes enjotadas.

El negro Nayo era de *porái...:* de un *porái* dudoso, mezcla de Honduras y *Berlice*, Chiquimula

y *Blufiles* de la *Costelnorte*. De indio tenía el pie achatado, *caitudo*, raizoso y sin uñas —pie de jengibre—; y un poco *la* color bronceada de la piel, que no alcanzaba a velar su estructura grosera, amasada con brea y no con barro.

Le habían tomado en la hacienda como tercer corralero. No podía negársele trabajo a este muchacho, de voz enternecida por su propio destino. Nada podía negársele al negro Nayo: así pidiera un *tuco e dulce*, como un puro o un *guacal* de *chicha*. Pero, al mismo tiempo, era —pese a su negrura— blanco de todas las burlas y jugarretas del *blanquío*; y más de alguna vez lo dejaron sollozante sobre las mangas, curtidas con el barro del cántaro y la grasa de los baldes. Su resentimiento era pasajero, porque la bondad le chorreaba del corazón, como el suero que escurre la bolsa de la mantequilla. Se enojaba con un “no miablés”... y terminaba al día siguiente el enojo, con una palmada en la *paletiya* y su consiguiente: “¡veyan qué chero, éste!”... y la tajada de sonrisa, blanca y temblona como la *cuajada*.

* * *

Chabelo “boteya”, el primer corralero, era muy hábil. Tenía partido entre las *cipotas* del caserío, por *arriscado* y finito de cara; por *miguelero* y *regalón*; pero, sobre todo, porque acompañaba las guitarras con una su flauta de

bambú que se había hecho, y que sonaba dulce y tristosa, al gusto del sentir campesino. Nadie sabía cuál era el secreto de aquel carrizo llorón. *Bía* de tener una telita de araña por dentro, o una rendija falsa, o un chaflán *carculado*... La fama del *pitero* Chabelo, se había cundido de *jlores* como un *campaniyal*. Lo llamaban los domingos y ya cobraba la *vesita*, *juera* de juerga o de velorio, de bautizo o de simple pasar.

Un día el negro Nayo se arrimó *tantito* a Chabelo “boteya”, cuando éste ensayaba su flauta, sentado en el cerco de piedras del corral. Le sonrió amoroso y le estuvo escuchando, como perro que mueve el rabo.

—¿Oyí, negró, querés que tenseñe a tocar?...

Por la cara pelotera del negrito, pasó un relámpago de felicidad.

—Mire chero, y yo le vua pagar el sábado, pero no me vaya a tirar...

* * *

Después de las primeras lecciones, Chabelo el *pitero* le *arquilo* la flauta al negro para unos días. El negro se desvelaba, domando el carrizo; y lo domó a tal punto, que los vecinos más vecinos, que estaban a las tres cuadras, paraban la oreja y decían:

—¡Oiga, pitero ese Chabelo! Es meramente un zinzonte el infeliz...

—Mesmamente: diayer paroy, le arranca el alma al cristiano como nunca.

Callaban... y embarcaban su silencio en el *cayuco* bogante de aquella flauta apasionada, que los hundía en la dulzura de un recordar sin recuerdos, de un retornar sin retorno.

* * *

En poco tiempo, el negro Nayo sobrepasó la fama de Chabelo. Llegaban gentes de lejos para oírlo; y su sencillez y humildad de siempre se coloreaban de austeridad y poderío, mientras su labio cárdeno soplaba el agujero milagroso.

El propio Chabelo, que creyó conocer todos los secretos del carrizo, se quedaba pasmado, escuchando—con un sí es, no es, de despecho—, el fluir maravilloso de un sentimiento espeso que se cogía con las manos.

* * *

Una tarde *dioro* en que el negro estaba curando una ternera *trincada*, con una pluma de pollo untada de creolina, Chabelo se decidió por fin; y, un tanto encogido, se acercó y le dijo:

—Mirá, negro, te pago dos *bambas* si me decís el secreto de la flauta. Vos le bis hallado algo que le pone esa malicia... Seya chero y me lo dice...

El negro se enderezó, desgredado, blanca la boca de dientes amigos y franca la mirada de niño. Tenía abiertos los brazos como alas rotas, sosteniendo en una mano la pluma y en la otra el bote.

Miró luego al suelo empedrado y meditó muy duro. Luego, como satisfecho de su *pensada*, dijo al pitero:

—No me creya egóishto, compañero, la flauta no tiene nada: soy yo mesmo, mi tristura..., la color...

**VOCABULARIO DE MODISMOS DEL LENGUAJE
CUSCATLECO EMPLEADOS EN ESTE LIBRO**

A

Acapetate	Lienzo de fibra de caña, áspero y rígido, usado en algunas casas como cobertura interior del tejado.
Aceiteloroco	Véase loroco.
Acharralado	Enmontado, lleno de maleza o charrales.
¡Achís!	Exclamación equivalente a “¡Qué te crees tú!”, “¡Qué me importa!”. “¡Andá!” o cosa análoga. A veces expresa asombro, y también asco, o desprecio.
Achorcholato	Decaído, triste.
Acuchuyado	Apelotonado, anidado, hecho un ovillo.
¡Agüén!	(Ah buen...). Exclamación análoga a “Bah”, “¡Vaya!”, “¡Anda!” o “¡No faltaba más!”.
Agüegüecho	Pelicano, pájaro marino.
¡Aijuesesentamil!	“Ah, hijo de sesenta mil...!”.
¡Ajú!	Exclamación equivalente a “Desde luego!” (Entonación ascendente).
Aletiar	Aletear.
Almágana	Almádana.
Aloyé	“Ya lo oye usted”.
Amatón	Aumentativo de Amate. Árbol tropical, especie de higuera. Adquiere a veces, con su tupido follaje, la forma de un parasol de grandes dimensiones.
Ambuleto	Por amuleto o talismán.
Amelarchiarse	Entristecerse, desesperarse (De melarchía)...

NOTA: *Los modismos de fácil comprensión no han sido incluidos.*

Amonós	Vámonos.
Andar	Llevar, hablando del cabello o de una prenda de vestir.
Ansina	Así.
Apercoyar	Abrazar, agarrar o sujetar con fuerza.
Apiar	Apear. Detenerse.
Aprietado	Prieto, muy moreno.
Apurarse	Apresurarse.
Arresto	Esfuerzo.
Arriscado	Listo, atrevido, desembarazado y elegante.
Arronjar	Arrojar. Dar un tirón.
Arruinar	Desflorar, estuprar.
Atecomatado	Sonido hueco y profundo, como dentro de un tecomate.
Atol	(En Méjico atole). Bebida hecha con harina de maíz, disuelta en agua o leche, y hervida.
Atorzonarse	“Atoronzarse”, atragantarse.
Atrinquetear	Apalancar, abrazar.
Atrompezarse	Tropezar.
Aventar	Arrojar al viento.
Azar	Por azahar.
Azarearse	Azararse.
Azorrar	Azorar.

B

Babieca	Tonto, estúpido.
Baboso	Estúpido, idiota. (Insulto muy fuerte en El Salvador).
Bamba	Moneda grande, de plata u oro.
Bamba piruja	Tela con dibujos a círculos, del tamaño de monedas.
Barrilete	Cometa, juego de niños.
Barzoniar	(Barzonear). Sacudir, estremecer, imprimir un vaivén a.
Batidor	Pequeña vasija de barro cocido.

Bebedero	Depósito para surtir de agua a las locomotoras.
Bejuco	Liana, enredadera flexible y fuerte.
Blanquiyo	Alusión un poco abstracta a la indumentaria blanca de algodón (o manta). Se usa para indicar grupos de campesinos.
Boliado	(Boleado o Voleado) Roto del vuelo o borde Astillado.
Bolo(a)	Borracho, ebrio.
Botija	Cántara de barro alargada, fuera de uso en esta época, utilizada por las generaciones pasadas para ocultar tesoros bajo tierra o en los muros de las casas.
Bravo	Enojado (hablando de una persona).
Brotón	Poste de alambrada, que se siembra verde y que luego echa brotes.
Bruja	Por brújula.
Brusca	(Brusquita). Término suave, casi cordial para designar a una ramera.
Buche	Bocio.
Burro	Especie de andamio portátil, que se ocupa en carpintería, o como soporte de la tabla típica (“violín”) para el aplanchado de ropa.
Burros	(Zapatos). Zapatos muy toscos.
Butute	Caracol o cuerno para señales.

C

Carburo	1. Mechero de acetileno. 2. Palabrería vacua.
Cobija	1. Miedoso. 2. Manta o frazada.
Cabuya	Cabo o colilla del cigarro (puro).
Cacaxte, cacaste o cacaxtle	Armazón de varas que sirve al indio para llevar frutas, granos, alfarería. El cacaxte va forrado por dentro como una caja y se carga a

	la espalda, sosteniéndolo con un cincho (mecapal) sobre la frente.
Cacaxtero	Cargador de cacaxte.
Cachar, cacharse	Conseguir, conseguirse.
Cachete	Mejilla, carrillo.
Cachimbazo	Golpe, en sentido concreto o figurado: gran cantidad de, como en “golpe de gente”.
Cacho	1. Cuerno. 2. Mango de cuerno. 3. Punta en forma de cuerno.
Caedizo	Tejadillo, casucha.
Caimito	Fruta lechosa, blanca o rosada, del árbol sapotáceo del mismo nombre.
Caitazo	Golpe dado con el caite.
Caites	Sandalias de cuero crudo. Único calzado que usan los indios.
Caitudo	Con caite, o aplanado como con caite.
Cajón	Arbusto cuyo fruto, doble, recuerda los testículos del cerdo.
Calibre	Fusil.
Camalote	Hierba acuática, muy verde y crecida.
Cambray	Tela de algodón muy fina, pero áspera y casi transparente. Cambray pirujo: la misma, con dibujos a círculos como monedas.
Campanilla	Campánula, flor.
Canalete	Especie de remo corto, y de pala muy ancha.
Canche	(Adj. invariable). Rubio (a) (peyorativo).
Cantoniarse	Por contonearse, caderear.
Carago, carao o coragüe	Árbol leguminoso, de hermosas flores, especie de guamo, que produce unas vainas largas y oscuras, con semillas planas y de fuerte olor, aunque muy dulces al paladar.
Carambadas	“Cosas”. Cuatro carambadas,

	“cuatro frescas”. No se anda con carambadas, “no se para en chiquitas”. No me venga con carambadas, “no me venga con cosas.
Careto	De cara sucia o manchada. (Dícese originalmente de ciertos caballos).
Cargantes	Cargadores.
Carpa	Tienda de campaña, toldo o tendal, especialmente de circo o feria.
Carretía	(Por carretilla). Serpiente venenosa de Honduras.
Casar	“Encajar”, y por extensión “gustarle a uno”.
Catizumbada	(De catizumba). Un montón, un gran número de.
Caulote	Árbol. cuyo tronco a menudo se emplea en los cercos de alambre.
Cayuco	Bote rústico de pesca, labrado en un tronco de árbol.
Cazar	Descubrir.
Cebadera	Bolsa de fibra de cáñamo.
Cinquito	Serie de cinco semillas o bolitas para el juego que lleva el mismo nombre.
Cipote(a)	Niño, muchacho. Cipotada, grupo de cipotes.
Clarencia	Claridad.
Clareyos	Clareos, clarores.
Clarinerio	Sanate clarinerio, pájaro de color negro acerado.
Cocales	Grupos de cocoterros.
Cocos	Cocoterros.
Colasero	“Que da coletazos” (colasear).
Coliar	Colear.
Colón	Peso, unidad monetaria del país, que tiene en relieve el retrato de Cristóbal Colón.
Compa.	Compadre, compañero.
Conacaste	Árbol acaciáceo, cuyas semillas se

	hallan contenidas en vainas de color oscuro, en forma de oreja.
Contagio	Entidad mítica, probablemente símbolo fálico, análogo al cipitillo.
Cortinenca	Aumentativo de cortina.
Corvazo	Machetazo.
Corvo	Machete.
Cotón o cotona	Especie de camisa o chaqueta de algodón.
Cuca	1. Cucaracha, insecto. 2. Banquito rústico, cuyo asiento está formado con dos tablas en ángulo obtuso. Estas cucas no miden más de un pie de altura.
Cuchuyarse	Acuchuyarse. Apelotonarse, hacerse un ovillo.
Cuento y cuenterete	Un objeto sin importancia. Cosa indefinible.
Cuete	1. Cohete. 2. Pistola.
Cuis	“Cuartillo”, moneda de $\frac{1}{4}$ de real (este último vale $12 \frac{1}{2}$ centavos).
Culatiar	Golpear con la culata de un fusil.
Culuazul	Véase zancudos.
Culumbrón	De culumbrón, de trasero.
Cuma	Especie de machete corto, curvado hacia adelante en forma de pico de pájaro. Véase el dibujo al dorso de este libro.
Cusuco	Armadillo.
Cutacha	Machete pequeño o pedazo de machete.

CH

Chacalele	Botón grande, que se hace girar enhebrado en un hilo retorcido. Por extensión, botón grande.
Chacalín	Camaroncillo, quisquilla.
Chachar	Hermanar.

Chacho o chachado	Contiguo, pegado, gemelo.
Chaparro	1. Arbusto o matojo espeso. 2. Aguardiente clandestino.
Chapudo(a)	(Con chapas). Persona de muy buen color.
Characuaco	Ave marina de canto estridente.
Charrales	Maleza.
Cheje	Pájaro carpintero.
Chele	(Adjetivo invariable en el femenino). Blanco, claro de color. Por extensión, se aplica a los extranjeros del Norte, o a los rubios en general. Derivados: cheloso, cheleante, chelón.
Cherche	Muy pálido, demacrado.
Chero	Compañero.
Chicha	Bebida alcohólica, hecha de maíz fermentado.
Chiche	(Sust. fem.) Seno, pecho, mama.
Chichera	1. Patrulla encargada de perseguir el contrabando de aguardiente. 2. Lugar donde se fabrica la chicha.
Chichero	1. Miembro de la patrulla chichera. 2. Fabricante de chicha.
Chichicastal	Grupo de chichicastes.
Chichicaste	Hola cáustica muy grande.
Chiflar	Silbar.
Chilamate	Cierta especie de amate.
Chile	Ají, pimienta americano muy picante.
Chilillo	Látigo.
Chiloso(a)	Picante, ardiente. Por extensión, duro, difícil.
Chiltota	Pájaro de color anaranjado, con patas, pico y alas negros. (Oropéndola).
Chimbera	Cierta clase de peces pequeños, empleados en la pesca como cebo.
Chimbolero	1. Mancha de chimbolos. 2. Infierno.

Chimbolos	1. Pececillos pequeños. 2. Rena- cuajos.
China	Planta silvestre, de flores rosadas.
Chinamo	Rancho de palma que abriga una venta de feria.
Chinchín	Cascabel, sonajero o cosa análoga.
Chingado	Importuno, molesto. (Véase jodido).
Chingar	Fastidiar, importunar. (Véase joder).
Chingastes	Pedazos, trizas. chingastiar. Hacerse pedazos, gotear.
Chipe	Descariado, desmedrado.
Chiqueya	Del verbo chiquearse, contonearse, cimbrear el cuerpo.
Chiquirín	Especie de cigarra (onomatopeya).
Chira	Llaga, herida, rozadura o matadura.
Chiribisco	Tallo de la maleza.
Chirolas	Bolitas.
Chirrión	Tallo muy flexible y fuerte, usado como látigo.
Chivo	Juego de dados.
Choco	Ciego o tuerto. Moneda choca. Moneda falsa.
Cholco(a)	Desdentado.
Chompipe	Pavo común.
Chorchingalo	Especie de iguana de color pardo y cresta larga. (Tenguerechón).
Chorizo	Cerrar chorizo, terminar la fila.
Chorrentera	(Por confusión con chorro). Torrentera.
Choya	(Por cholla). Pachorra, pereza, calma excesiva.
Choyeo	Frotamiento, rozamiento. (Del verbo chollar).
Choyón	(Por chollón). Del verbo chollar. Lastimadura, rozadura.
Chucho(a)	Perro, perra.
Chucuz	Onomatopeya: ruido de un objeto que se sumerge bruscamente.
Chueco(a)	Flojo, torcido.
Chuliar	(Chulear). Cortejar, llamar chulo o

	chula a una persona.
Chulo(a)	Bonito, a. Muy bonito, precioso.
Chumazo	Puñado de.
Chumpe	Chumpipe. Véase chompipe.
Chunchucuyo	Trasero de las aves.
Chunguiar	Provocar en forma burlesca.

D

De juro	De fijo. Seguramente.
Dende	Desde.
Dentrar	Entrar.
Descantillarse	Ladearse, torcerse.
Descondelero	Por de escondelero: véase esta palabra.
Desguindarse	Descolgarse.
Desmando	Desmán, demasía, atrevimiento.
Despenicar	Regar, dispersar, despetalar. Aplicase comúnmente a las flores o ramas que se hacen trizas.
Desposolar	Hacer posol, hacer polvo o harina. Reducir a polvo una cosa blanda y de poca consistencia.
Diacuís	Por de a cuis: véase cuis.
Diadentro	(“De adentro”). (Sust.). De servicio interior. Criada o sirvienta.
Dialtiro	(De al tiro). De una sola vez, por completo.
Diay	“De ahí”, es decir luego, en seguida, después.
Dir	Ir.
Dorisca	Casi dorada.

E

E	Por de.
Eeee	Exclamación en tono descendente, que implica asombro, pero que no se pronuncia en el tono

	interrogativo del “eh?” castellano.
Egoishto(a)	Egoísta.
Elote	Maíz tierno en mazorca.
Embolar	Emborrachar. Embolón. Embriagante.
Embruecar	Embrocar.
Encachimbado	Furioso.
Encaje	Ingle, empeine del muslo.
Enchutar	Acertar a meter en un agujero una cosa, tirándola.
Encumbrar	Levantar, alzar.
Encumbrarse	1. Beber hasta las heces. 2. Llevar a alguien preso.
Ende	Desde.
Endizuelo	(Indizuelo, indiecillo). Personilla, en forma despectiva. Se aplica por lo general a los niños.
Entriabrido	Entreabierto.
Escondelero	Escondite, juego de niños.
Esurana	Por oscurana. Oscuridad.
Espiretos de palos	“Espectros de árboles”.
Espumesapo	“Espuma de sapo”.

F

Feyo	Feo.
Flor de fuego	Árbol acaciáceo, que en cierta época del año se cubre de flores rojas.
Flus	Una mancha de peces en movimiento. Una racha.
Fondo	Objeto pesado que hace las veces de ancla.
Fueya	(Fuella). Huella.

G

Ganchada	Bofetada.
Gato	Bíceps.

Gemela	Planta de jardín, especie de jazmín de Arabia.
Goma	Malestar después de la borrachera.
Goyo	Diminutivo de Gregorio.
Guá	“Voy a”.
Guacal o huacal	Vasija cóncava y hemisférica, de jicaro, de arcilla o de metal.
Guacalada	Contenido (en agua) de un guacal.
Guachi	(De guachimán, corrupción del inglés <i>watchman</i> , vigilante o sereno). Criado uniformado.
Guachipilín	Árbol grande, de flor y de madera amarillas.
Guarera	Patrulla encargada de perseguir el contrabando de guaro.
Guaro	Aguardiente de caña (sometido a estanco en El Salvador).
Guarumal	Grupo de guarumos.
Guarumo	Árbol euforbiáceo de savia láctea, de hojas grandes y lobuladas, y de una coloración general grisácea o plateada.
Guas o guauce	Ave crepuscular de canto triste.
Guasiar	(De guasa). Hacer burla.
Guayabo	Árbol mirtáceo, de flores blancas y madera muy dura, y cuyo fruto es la guayaba
Güeler	Oler.
Güelta	Por vuelta. Güeltereta, por voltereta.
Güeltegatos	“Vueltas de gato” (vueltas de carnero, saltos mortales).
Güevazo	1. Golpe o contusión. 2. Golpe, en el sentido de hacinamiento o multitud.
Guindajos	Colgajos, harapos.
Guindoabajo	Colgando cabeza abajo.
Guineos	(Casi siempre pronunciado guineyos). Bananos.
Guiño	Guiñada, en el sentido de tirón.

Güiscoyol Véase huiscoyol.

H

Helado Frío, aunque no se trate —ni mucho menos— de hielo.

Hojarasquín Rancho de hoja de palma.

Huaca o guacal Tesoro enterrado en un cántaro o botija.

Huacal Véase guacal.

Huate o guate Zacate de hojas anchas. (El huate es un buen forraje para el ganado. Se le almacena para el verano).

Huipil Camisa típica de las indias.

Huiscoyol Palma delgada, de largas y afiladas espinas.

Huiscoyolar
o güishcoyolar Grupo de huiscoyoles.

Huishte o güishte Fragmento de vidrio, cortante y menudo.

Huizayote Güisquil, fruto acuoso de la planta enredadera del mismo nombre. Tiene forma alargada, y está cubierto de espinas.

Hule Caucho en bruto.

I

Icaco Arbusto rosáceo, de flores blanquecinas y fruto parecido a la ciruela claudia.

Ido Distraído, ensoñador.

Inano Enano. “Dedito inano”, dedo meñique.

Indizuelo(a) Véase endizuelo.

Íngrimo Completamente solo.

Iscanal, Ixcanal o Ishcanal Arbusto espinoso, de grandes espinas cónicas, en cuya base

	viven ciertas enormes hormigas negras.
Isote o Izote	Planta cactácea que da una flor alimenticia.
Ispiar	Espiar; o simplemente echar un vistazo.
Ixcanalar	Lugar plantado de ixcanales.

J*

Jabillo	Árbol euforbiáceo, cuyo fruto contiene un jugo lechoso y deletéreo.
Jacha	Dentadura o quijada.
Jalar	Tirar de. (Halar). {No han sido
Jalón	Tirón (Halón). {subrayadas en todo el libro por ser su uso tan corriente en América, aun entre personas cultas, que ha llegado a excluir completamente el de cualquier otro vocablo.
Jaz	(Al jaz). Al haz, a la orilla.
Jenjén o jején	Mosquito fino.
Jícama	Tubérculo grande, muy blanco y azucarado.
Jícara	Vasija pequeña, hecha con el fruto de cierta clase de jícaro o morro. La jícara tiene forma oval y se usa con mayor frecuencia para batir y beber el chocolate o el tiste.
Jícaro	Árbol que produce una especie de calabaza muy dura, que labrada y vaciada se usa como recipiente.
Jila	(Xila). Árbol que produce flores en

* La J es muy amenudo usada, en la prosodia del campesino salvadoreño, en lugar de la F y de la H: *jlores* por *flores*, *jierro* por *fierro*, esta última forma arcaica-pero corriente- de *hierro*.

	forma de borlas, blancas o rojas.
Jiote	Árbol de tronco bronceado.
Jocote	Fruta amarilla o roja del jocote —árbol terebintáneo parecido al jobo—, cuya forma y tamaño recuerdan la ciruela.
Joder	1. Fastidiar (sin más; el sentido castellano es desconocido en Cuscatlán). 2. “Triunfar”.
Jóforo	Fósforo.
Joya	Cañada, quebrada, hondonada o valle profundo (de hoya)
Jue	Fue.
Juelgo	Huelgo.
Juí, juí	Onomatopeya: ruido producido por el vaivén de una hamaca, al frotar las argollas de hierro contra los garfios de que está suspendida.
Juído	(“Huido”). Distráido, ausente, alélado.
Juilines	Cierta clase de pececillos.
Julunera o jurunera	(Sin duda de HURONERA). Lugar extraviado, oscuro, escondido y poco frecuentado.
Jumar	Fumar.
Jumazón	Humareda.
Jumo	Humo.
Juraco	Agujero, hoyo. (Portugués buraco).
Juro (“de juro”)	De seguro, de fijo.

K

Kakaseca	Estiércol seco.
Kakemosca	Idem, de mosca.
Takevaca	Estiércol del ganado.
Kinké	Quinqué, lámpara.

L

Lagua, lazúcar, etc.	Por el agua, el azúcar, etc. Forma corriente en El Salvador en estos casos.
Laija	Por la hija.
Laja de dulce	Tapa de panela, o azúcar de caña sin refinar.
Lala	("La ala"). El ala.
Lamber	Por lamer.
Lata	Hojalata.
Láura	Por la hora.
Lazo	Cuerda larga.
Loga	Reprimenda.
Lonra	Por la honra.
Loroco	Planta empleada como condimento, y de la que se extrae un aceite medicinal.
Luego	"Pronto", (y no "después").
Lumonía	Pulmonía.

M

Madrecacao	Árbol leguminoso, especie de guamo. que da flores rosadas y se planta para dar sombra a los cafetales.
Maicillo	Planta gramínea, parecida al trigo, y empleada como forraje.
Maishtro	Pronunciación popular de "maestro".
Majonchos	(Guineos majonchos). Especie de plátanos de forma prismática más bien que cilíndrica.
Mama	Madre.
Mamazo	1. Amasijo. 2. Véase guaro.
Managuas	Entidades de la mitología indígena, especie de silfos o espíritus de las nubes.
Manga	Manta, cobertor de lana con dibujos indígenas, generalmente tejido en

	Guatemala. (Manga chapina).
Mano	1. Hermano, compañero. 2. “Echar una mano” —prestar ayuda.
Manta o mantadril	Tela ordinaria de algodón, de que se visten los indios.
Manuelión	(Por mano de león). Árbol de madera blanda y blanca y de hojas lobuladas.
Mareño(a)	Marino (a).
Masacuata	Cierta clase de culebra que come ratones y puede ser domesticada. (Boa).
Masona	Amazona.
Matapalo	(Amate matapalo). Cierta clase de amate, que se enrosca en su juventud alrededor de otros árboles, y acaba por ahogarlos.
Matata	Bolsa de fibra.
Matate	Red de fibra de maguey.
Mateplátano	“Mata de plátano”.
Matocho	Matojo, matorral.
Mechudo	Mechoso, que tiene pelos o hebras.
Mediagua	Casa con techo de una sola vertiente.
Melarchía	Melancolía, decaimiento.
Mero	Pez muy grande, de carne delicada.
Mero(a)	Casi. Bastante. En este último sentido, es adjetivo y concuerda en género y número con el sustantivo: mera buena, bastante buena. En el primer sentido es adverbio, y como tal invariable, aunque admite el diminutivo: ya merito se cae, “ya casi, casi se cae”.
Mesmamente	Completamente; igual a.
Mesmo	Mismo.
Miguelero	Galanteador (de miguelear, galantear).
Mistiricuco	Especie de tecolote o buho pichón.
Mocuechumpe	“Moco de chompe”.

Mojisco	Húmedo, mojado (en sentido activo y no pasivo).
Montarrascal	Maleza muy salvaje y tupida.
Monte	Hierba.
Montura	Silla de montar.
Morro	Árbol de jícara, o fruta del mismo: especie de calabaza.
Mosquero	Enjambre de moscas.
Mota de ángel	Villano, flor del cardo; apéndice de filamentos que sirve a ciertas semillas para ser trasportadas por el viento.
Mulato	Árbol de grandes dimensiones, que da una flor rosada.
Mumuja	Amasijo o polvo de madera podrida.
Murusho	De cabello muy rizado (como en la raza negra).

N

Nado e chucho	Nadado de perro.
Nagua	Falda, saya. (Sin duda por “enagua”).
Nana	Madre.
Nance	Árbol que produce frutas amarillas, muy olorosas y azucaradas, del tamaño de cerezas.
Neshno(a)	Renegrido.
Niña	Virgen. (Adj.)
Norte	Viento muy fuerte, cualquiera que sea.
Nortiar	Hacer viento.
Nuay	No hay.

Ñ

Ñata	Nariz remangada o aplastada. Ñato (a) (Adj.) Chato, ñatía, por ñatilla, diminutivo de ñata.
------	---

Ñebla o ñeblina	Niebla, neblina.
Ño, ña	(De Niño, Niña, o quizá de Ñor, Señá). Señor, Señora.
Ñor	Señor.
Ñublar	Por nublar.
Ñudo	Nudo. Forma arcaica, usada aún en El Salvador.

O

O	Expresión campesina, equivalente a “tú”, “vamos, o”? —¿Vamos, tú? Véase “oyó”.
Ocote	Leña de pino resinoso, que se usa a veces como antorcha.
Oiba	Oía.
Ojo de agua	Manantial en forma de pileta o cuenca natural.
Ojo de venado	Semilla grande, de color marrón pero rodeada de un círculo negro, que recuerda un ojo de res.
Olisco(a)	Que tiene tufillo.
Olisquiar	Olfatear.
Olote	Corazón o desecho de la mazorca de maíz.
Ondeyo	Ondeo, ondulación.
Orito	(“Tráiban orito”). Un poquito de oro. El diminutivo, entre el pueblo, marca a menudo el sentido figurado: “Donde se hace polvito el sol”.
Otragüelta	(Otra vuelta). Otra vez.
Oyó	Expresa lo mismo que “O”, con la particularidad de que este último se emplea casi siempre al final de la oración; mientras que oyó se usa al principio.

P

Pacho(a)	De poco fondo. Aplastado.
Paderón	Por paredón.
Pajuil	Especie de gallinácea salvaje, entre el faisán y el pavo.
Palanquera	(Talanquera). Retazo de alambrada, que se abre y cierra con argollas del mismo alambre.
Palazón	Grupo de ramas o árboles.
Palo	1. Árbol. 2. Madera.
Palón	(Aumentativo de palo). Arbolón.
Pancitinga	Panzoncilla.
Pante	Hacinamiento de leña.
Papa	Padre, papá.
Papayo	Árbol lechoso, de madera fofa, que produce la papaya, especie de melón muy dulce.
Papo(a)	Tonto. Papada, tontería.
Parada de agua	Punto culminante de la marea.
Parvo	“Barbo”, cierto pez.
Pascua	Flor en forma de estrella, de grandes pétalos foliáceos de un bermellón in-tenso, muy usada en la América entera como símbolo de Nochebuena.
Paste, paishte o paxte	Fruto de una planta trepadora, cuya aspereza y resistencia lo hacen muy a propósito para su uso de estropajo.
Patente	Claro, evidente, cercano.
Patojo(a)	Cojo.
Peche	Flaco, delgado.
Peje	Pez.
Pelona	Con el cabello corto.
Pelotero	Alegre.
Península	Penitenciaría, presidio.
Penquiada	(Penqueada, de penca). Tunda.
Pepenar	Recoger, rebuscar.
Pepesca	Pececillo menudo.
Perraje	Manta de hilo de colores vivos tejida en el país y de uso corriente

	como cobertor.
Perro(a)	Rebelde, cimarrón, bravío.
Persoga	Soga, cuerda o lazo corredizo.
Pescado	Por pez.
Petaca	Joroba.
Petate	Estera india de palma, generalmente de vivos colores.
Pial	Cuerda de cuero retorcido.
Piedrenca	Aumentativo de piedra.
Pijuyo	Ave de canto muy dulce (onomatopeya).
Piladera	Especie de mortero grande, labrado en un tronco de árbol, que se utiliza para descascarar el arroz.
Pinganillas	De puntillas.
Piñata	Tinaja cubierta con papelillos de colores y rellena de dulces, que se suspende para ser quebrada a golpes en un juego de niños.
Piojio,	Piojillo.
Piro	Desperdicios en la fabricación del alcohol.
Pirujo	Véase CAMBRAY Y BAMBA.
Pispiliar	Parpadear. pispileyo, parpadeo.
Pisto	Dinero.
Pita	Cordel.
Pitematate	Pita de matate: véanse estas palabras.
Pitero	Flautista.
Pitiyo	Pito muy agudo.
Plan	Llano.
Platanillo	Planta cannácea, de flores irregulares, de vivos y muy diversos colores, y de fruto capsular cuyas semillas contienen un albumen harinoso y casi córneo. Crece en lugares húmedos.
Pocuyo	Pájaro nocturno, de canto triste.
Porái	“Por ahí...”
Poza	Remanso de un río.

Prender	Encender.
Priesa	Prisa.
Prieto(a)	Negro, oscuro, moreno.
Pringar	Lloviznar. Llover muy vagamente.
Puerca	“En puerca”. En gran cantidad.
Pupusas	Tortillas de maíz rellenas,
Pupusera	La que hace pupusas.
Purarriata	Magnífico, valiente. (“Pura reata”, en el sentido de “látigo”).
Puro	Cigarro puro.
Pushco(a)	Sucio.
Puspo	Ceniciento, grisáceo.
Puyar	Punzar como con una puya.
Puyudo	Puntudo.

Q

Quequeishque	Planta de grandes hojas acorazonadas, que crece a orillas de los ríos, en sitios oscuros y húmedos.
Querque	Cierta clase de zopilote de cabeza calva.
Quinzón, quinzona	“De a quince” (años, centavos, etc.).

R

Ración	Moneda teórica, en realidad inexistente, que vale la mitad del “cuis” o cuartillo ($\frac{1}{4}$ de real), o sea $\frac{1}{8}$ de real.
Ramalada	Balsa o almadia natural, formada por un hacinamiento o entrecrucijo de ramas.
Ramazal	Conjunto de troncos y ramas arrastradas por la corriente y que encallan en los bancos de arena.
Rancho	Choza de ramas y paja.
Recuesto	Al recuesto, a favor.

Refajo	Falda típica de las indias, que consiste en un lienzo —tejido generalmente por ellas mismas—, enrollado alrededor de las caderas, y que baja hasta los pies. El refajo es siempre de vistoso color: en ciertos pueblos está sostenido por un simple nudo —que forma sobre la pierna pliegues decorativos y hieráticos—; y en otros, por una faja hecha de lana con dibujos policromos.
Rejo	Soga que sirve para atar el ternero a la vaca.
Renco	Cojo.
Repunta	Vanguardia de una crecida súbita en un río.
Reuto	Recto.
Rír	Reír.
Riuma	Reuma, reumatismo.
Rogación	Procesión religiosa.
Rogante	Miembro de una rogación.
Ronca	(“A la ronca”). Exclamación muy fuerte, por el estilo de “A la puerca”: eufemismo por “A la P...”

S

Sacadera	Fábrica clandestina de aguardiente.
Sacador	Fabricante clandestino de aguardiente.
Salvador	El campesino llama a veces “El Salvador” a San Salvador, ciudad capital de El Salvador.
Sanate	Ave pequeña, de color pardo o negro. Véase clarinero.
Santíos	(Diminutivo de SANTOS (nombre femenino)).
Sapo, sapito	(Adj.). Bajito, de escasa estatura.

sapurrucó	
Sazón, sazóna	(Adj.). Dícese de la fruta verde.
Seco	Flaco.
Senefiado	“Cenefeado”, ondulado como cenefa (término de costura).
Señá	Véase ÑA.
Sesteyo	Sesteo. (DE SESTEAR).
Silencio(a)	(Adj.) Silencioso.
Sobador	Masajista, enderezador de huesos torcidos.
Socado(a)	1. Apretado. 2. Borracho.
Socar	Apretar, ceñir.
Sombrial	Hacinamiento de sombras.
Son	Música típica cuscatleca.
Sunsa o sunsapote	Fruta del árbol sapotáceo del mismo nombre.

SH*

¡She!	Expresión usada para espantar animales.
Shashaco	Comido de viruelas. Carcomido.
Sholco	Véase cholco.
Shuco	1. Sucio. 2. Agrío, rancio.
Shucuatol	(En Méjico, jocoatole). Bebida de atol o atole ácido.
Shuquía o shuquío	Acidez, agrura, fermentación natural.
Shushushar	Onomatopeya: susurrar.

T

Taburete	Silla de vaqueta, sin respaldo.
Talente	Por talante.
Talepate	(Mas.). Chinche, insecto hemíptero, nocturno y fétido.
Talpetatal	Estratificación de talpetates.

* Esta letra, inexistente en castañano y que algunos representan por X, se pronuncia como *sh* inglesa, o *ch* francesa.

Talpetate	Estrato fofo, arenoso o calcáreo.
Taltuza	Animal roedor, especie de conejo. Se alimenta de frutas y cereales.
Tamagás	Serpiente muy venenosa.
Tanteyo	Tanteo.
Tantito	Un poquito.
Tanto	Cantidad.
Tapado	Chal, rebozo.
Tapexco	Lecho de varas.
Tarraya	Atarraya, red grande para pescar.
Tarro	Recipiente hecho con media calabaza. Cierta clase de calabaza.
Tasajo	Carne seca. Retazo de algo que sugiera carne seca.
Tastasiar	Hacer "tastas": castañetear. De donde tastaseyo.
Tastazo	Golpe seco, dado con el índice y el pulgar.
Tata	Padre, papá.
Tecolote	Especie de búho o lechuza.
Tecomate	Calabaza doble, de dos bolas super-puestas, usada para llevar el agua al trabajo. (Véase el dibujo al dorso de este libro.
Telengues	Trastos, herramientas, utensilios: especialmente, los empleados en la extracción de aguardiente.
Telepate	Véase talepate.
Tembeleque	Tembleque.
Tempisque	Árbol que produce una fruta carnosa, con pequeña semilla muy dura y brillante.
Tenamaste	Piedra grande.
Tenguerechón	Véase chorchíngalo.
Tetelque	(Adj.). De gusto desabrido y astringente, como la fruta verde.
Tetunte	Piedra o terrón. Tetuntal, agrupación de tetuntes.
Tieso	Fuertemente.

Tilinte	Templado, tenso.
Tinto	Rojo.
Tirar	Engañar.
Tisguacal	Tisico. Deriva del nombre de cierto cangrejo.
Tiste	Bebida hecha con tiste, pinol o pinolillo: polvo de maíz y cacao, muy dulce y de color rojizo.
Topar	Aceptar, querer.
Tortilla	Tortilla o pan de maíz, circular y plano.
Tramazón	(De tramar). Entrecruzamiento, trabazón.
Trancazón	Obstrucción.
Tranquera	Puerta de corral, hecha con trancas.
Tranquiar	Crujir, traquetear.
Tranquil	Tranquilidad.
Trincar	Echar y sujetar sobre el suelo o sobre algo.
Tristura	Tristeza.
Tuco	Trozo.
Tujito	Por tufito, de tufo.
Tumblimbe	Cajita de música.
Tumbo	Ola, onda, vaivén muy fuerte.
Tunco	Cerdo.
Tusa o tuza	Envoltorio natural de la mazorca de maíz.

U

Uyasón	“Aullazón”.
--------	-------------

V

Vagancia	Vaguedad.
Vaina	Dificultad, preocupación, molestia: “lata”.
Venadiante	Cazador de venados.

Versaina	Un verso, una canción cualquiera.
Vesita	Visitar.
Vide, vido	Vi, vio. Forma arcaica, corriente en El Salvador.
Virazón	Velocidad.
Volador	Árbol lauráceo, muy alto y delgado, cuya madera se emplea en construcciones navales.
Volar	Quitar.
Volar cumba	Sonsacar. Imagen derivada del juego de la cometa o barrilete
Voltiar	Volver.
Vuela-cumba	Sonsacador, cortejador.
Vueludo(a)	De mucha orla o vuelo.

Y

Yagual	Rollo de trapo aplanado, que sirve para apoyar el cántaro en la cabeza.
Yelasón	“Hielazón”.
Yelo	(Hielo). “Frío” (sin más, aunque se trate de un frío muy moderado) .
Yovisa	Por lloviza. De lluvia.

Z

Zacate	Planta gramínea, alimento del ganado. Hierba.
Zacatelimón	Clase especial de zacate, cultivado en los jardines por su fuerte aroma a limón, y empleado también como infusión.
Zancudos	Mosquitos, especialmente los del paludismo y los de la fiebre amarilla.
Zancudos culuazul	(Culo azul). Clase especial de estos mosquitos.
Zarcear	Hacer ruido de zarza o de guitarra floja.
Zarpiar	Rociar.
Zigua	Véase ziguanaba.

Ziguanaba	Entidad mitológica, de la leyenda cuscatleca. La Ziguanaba es una mujer que vive errante, por las orillas de los ríos y manantiales. Simboliza casi seguramente el Espíritu del río.
Zinzonte o cenzontle	Pájaro de color pardo, pero de canto dulcísimo: el ruiseñor de la América.
Zipote	Véase cipote.
Zocoliar	Atarugar.
Zompopera	Hormigucro o nidal de zompopos.
Zompopos	Hormigas rojas de gran tamaño, que se alimentan únicamente de hojas y ramillas.
Zonto (a)	(O sonto). Desorejado.
Zope o zopilote	Buitre. Aura. Ave carnívora, del tamaño de una gallina.
Zopilotada	Grupo de zopilotes.
Zorro(a)	Árbol cuya madera se emplea para muebles y construcciones.
Zunza o zunzapote	Árbol y fruta de las sapotáceas, parecido al zapote.

ÍNDICE

Prólogo	7
Tranquera	9
La botija	11
La honra.....	17
Semos malos	22
La casa embrujada	27
De pesca.....	32
Bajo la luna	39
El sacristán	44
La brusquita.....	49
Noche Buena	54
Bruma	59
Esencia de “azar”	63
En la línea	67
El contagio.....	71
El entierro	78
Hasta el cacho	82
La petaca.....	90
La Ziguana.....	97
Virgen de Ludres.....	101
Serrín de cedro	104
El viento	108

La estrelleamar.....	111
La brasa	116
El padre.....	118
La repunta.....	123
El circo	127
La respuesta.....	132
La chichera.....	136
El maishtro.....	142
De caza.....	147
La tinaja	152
El mistiricuco	155
El brujo	160
El negro.....	167
Vocabulario de modismos	173

*Impreso por:
Imprenta Nacional
San Salvador, El Salvador
2015
Esta edición consta de 3,000 ejemplares.*